



CIANURO PARA EL ASESINO

keith luger

Sheyla Mac Comby pulsó el timbre de la puerta.

Se abrió la mirilla y tras ella vio unos ojos que la observaban con detenimiento.

—¿Qué quiere? —Oyó una voz ronca.

—Hablar con Burk Campbell.

—No conozco a ningún Burk Campbell.

—Sé que el señor Campbell está aquí.

—Oiga, hermana, vino con la dirección equivocada, Lárguese.

—Si me marcho será peor para ustedes. Sé lo que es esto, un garito, y Burk Campbell está ahí dentro.



Keith Luger

Cianuro para el asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 646

ePub r1.0

LDS 12.10.17

Título original: *Cianuro para el asesino*
Keith Luger, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CIANURO para el ASESINO

por KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

Sheyla Mac Comby pulsó el timbre de la puerta.

Se abrió la mirilla y tras ella vio unos ojos que la observaban con detenimiento.

—¿Qué quiere? —Oyó una voz ronca.

—Hablar con Burk Campbell.

—No conozco a ningún Burk Campbell.

—Sé que el señor Campbell está aquí.

—Oiga, hermana, vino con la dirección equivocada, Lárguese.

—Si me marcho será peor para ustedes. Sé lo que es esto, un garito, y Burk Campbell está ahí dentro.

Los ojos se empequeñecieron en la mirilla.

—Está chiflada, hermana. Pero espere, daré una vuelta por dentro.

Cerróse la mirilla y Sheyla abrió el bolso y sacó un cigarrillo que encendió con la llama del encendedor.

Al cabo de un rato oyó cómo quitaban la cadena y la puerta fue abierta. El dueño de los ojos que había visto antes era un hombretón de nariz aplastada y ése no era el único desperfecto de su cara, porque exhibía sobre las cejas huellas de golpes antiguos.

—¿Dónde está Burk? —le preguntó.

—La he dejado que entre para que vea que colaboro con todo el mundo.

—Muy amable.

—Pero Burk Campbell no quiere recibirla.

—Pues yo sí quiero verle y por eso he venido. Indíqueme el camino.

—Burk se enfadará conmigo.

Sheyla sacó del bolso un billete de cinco dólares.

El hombretón aceptó el billete y lo guardó en el bolsillo del pantalón. Puso otra vez la cadena y echó a andar por un corredor.

—Venga conmigo.

Pasaron por delante de dos puertas.

El hombre de la nariz aplastada abrió la tercera.

Sheyla entró en una habitación cuya atmósfera estaba llena de humo. Del techo pendía una lámpara que iluminaba una mesa a cuyo alrededor se encontrabas cinco hombres en mangas de camisa. Jugaban una partida de póker. Cuatro de ellos interrumpieron la mano para mirar a Sheyla.

—Vaya morena, Burk —dijo un rubio.

El joven que estaba a la derecha de Burk era el único que no había vuelto la cabeza. Estaba pintando sus naipes.

—Diez dólares más —dijo.

—Eh, Burk, la chica viene por ti.

—Le dije a Jim que no admitía visitas.

Jim ya se había marchado y Sheyla se adelantó unos pasos hacia la mesa.

—Señor Campbell, usted no me conoce. Campbell habló todavía, sin mirarla:

—¿Y quién le dice que tengo deseos de conocerla?

—Me envía un amigo suyo: Donald Britt.

Dos jugadores pusieron los diez dólares. Entonces Campbell mostró su juego, tres reyes. Sus dos rivales dejaron los naipes sobre la mesa porque habían perdido.

Campbell atrajo hacia sí las ganancias.

—Señorita, debo decirle que Donald Britt no es mi amigo.

—Lo fue, ¿verdad?

—Quizá sí… Perdone, estoy jugando…

—Es usted un grosero.

—No la invité a que viniese.

—Si no me hubiese traído aquí una razón poderosa, sería capaz de dar dinero por no verle la cara en todos los días de mi vida.

Burk alzó la cabeza y la miró por primera vez. Sí, era muy bonita. Poseía un rostro bello, ojos azules, grandes y brillantes, cabello negro, corto, y su boca era un manchón rojo. Cubríase con un vestido estampado de escote en «V» y sus brazos estaban desnudos.

—¿Cuál es su nombre?

—Sheyla.

—¿Sheyla qué más?

—Sheyla Mac Comby.

—Ya entiendo, su secretaria.

—Sí, señor. Soy la secretaria de Donald Britt, nací en Centerville, Estado de Illinois, hace veintitrés años, mi padre murió cuando yo tenía tres años y mi madre se volvió a casar. Vive en Vancuver, y ha tenido tres hijas de su último matrimonio. He sido vacunada contra todas las enfermedades contagiosas. Puede acercarse a mí cuanto quiera.

—Deja que sea yo quien me acerque —intervino el rubio con voz alegre.

—Estate quieto, Dick —dijo Campbell con voz enronquecida.

—Sólo era una broma, Burk. Campbell se puso en pie.

—Perdonad un momento —tomó del brazo a la joven—. Vamos, señorita Mac Comby.

En el corredor, Campbell cerró la puerta y sacudió la cabeza.

—Muy bien, señorita Mac Comby, diga lo que tenga que decir.

—Donald Britt le necesita.

—¿Para qué?

—Dice que sólo usted le puede salvar de la cámara de gas.

—¿De veras?

—Tienen mucha confianza en usted. Dice que es usted el mejor detective privado de California.

—Donald sabe qué hace dos años me retiré de la profesión y que prometí no volver a ella. Lo publicaron todos los diarios y también dieron a la publicidad la opinión de Donald Britt respecto a mí.

—«Todos los ciudadanos conscientes deben sentirse felices por el hecho de que Burk Campbell haya sido obligado a dejar la profesión». —La joven hizo una pausa—. ¿Es eso?

—Sí.

—Yo también me la aprendí de memoria.

—¿Por qué?

—Donald Britt me contó su historia.

—Entonces comprenderá, sin necesidad de que yo le de explicaciones. Buenas noches, señorita Mac Comby. He tenido mucho gusto en conocerla.

Burk fue a abrir la puerta para entrar en la habitación.

—Usted le odia porque Donald le quitó la mujer a quien usted quería Burk quedó inmóvil, con la mano en el tirador.

—¿Es su revancha, verdad, señor Campbell? —prosiguió ella con sarcasmo—. Britt ha sido condenado por haber asesinado a su esposa, a la mujer de la que usted estaba enamorado.

—¿Qué más, señorita Mac Comby? Ande, termina.

—Le odia. Odia a Donald con todas sus fuerzas.

—Eso ya lo dijo antes.

—¿Por qué no reconoce que es verdad?

—¡De acuerdo, es verdad!

—Y quiere que muera en la cámara de gas.

—Asesinó a Carolyn.

—Donald afirma que no lo hizo.

—Sí, ya sé, dice que no lo hizo pero sólo él pudo asesinarla. Sólo él pudo matarla, a pesar de sus protestas de inocencia.

—Donald no mató a Carolyn.

—¡Nadie le creyó! Fue juzgado ante un tribunal imparcial, y por doce jurados elegidos entre el pueblo. Los doce le condenaron. Ni siquiera un abogado pudo alegar que hubiese existido alguna irregularidad en el procedimiento. Todo fue legal, desde el principio hasta el fin, y dictaron una sentencia que lo condenó a la última pena, a la cámara de gas. No, señorita, nadie creyó en su inocencia.

—Se equivoca. Yo le creí, señor Campbell. Hubo un silencio.

—Usted —dijo él con ironía—. Ya entiendo.

—¿Qué entiende?

—Me refiero al motivo por el cual usted le cree inocente. Está enamorada de él. Sheyla no dijo nada.

—Antes me pidió que yo confesase mi odio contra Britt, señorita Mac Comby. ¿No me va a abrir su corazón a cambio?

—Su insolencia sólo se puede comparar con su grosería.

—¿Desde cuándo le quiere?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo trabajó con él?

—Dos años.

—La bella secretaria se enamora de su jefe, el célebre abogado; ¿por qué no…?

—Sólo le gusta herir.

—Ahora lo veo más claro, señorita Mac Comby.

—¿A qué se refiere?

—Lo llevaron muy en secreto.

—¿Qué dice?

—Donald se cansó de su mujercita. Prefirió a su secretaria.

—¡Es usted un monstruo!

—¿Dónde se veían? Bueno, no hace falta que la diga. En cualquier parte. ¿Qué le decía él? ¿Que no podía resistir a Carolyn? Carolyn era una enferma, siempre en manos de doctores… Pero usted lo reunía todo, belleza, hermosura, juventud y estaba sana.

La mano de Sheyla rasgó el aire y cayó sobre la mejilla de Burk. Sonó un restallido. Los dos quedaron inmóviles, mirándose, pero ella respiraba entrecortadamente mientras él lo hacía con absoluta normalidad.

—Es usted un sucio canalla, señor Campbell.

Luego dio media vuelta y se alejó rápidamente por el corredor. Burk la vio desaparecer en el fondo y al poco oyó cerrarse la puerta.

Entró en la habitación donde estaban sus compañeros de juego, quienes le miraron con atención.

—Bueno, ¿qué os pasa? —Gruñó.

—Tú eres el que tiene que decirlo, ¿no? —repuso el rubio, y todos rieron sus palabras. Campbell ocupó su silla. Durante diez minutos trató de absorberse en el juego, pero le resultó imposible.

—Me marcho —dijo.

—Yo me habría marchado antes… con la morena —repuso Dick.

—Eres muy gracioso —rezongó Campbell mientras recogía su dinero. A continuación se puso la chaqueta que había dejado en el respaldo de la silla.

—Oye, Burk —habló Dick otra vez—. Me pidió Mirna que te llevase. Ella estará con Lola. Dijeron algo de tenemos preparado un pollo y una botella de champaña.

—Ve tú solo.

—Mirna preguntará por qué no has ido.

—Dile que estoy cansado.

—Está bien —dijo Dick.

Campbell salió y se detuvo ante el grandote Jim.

—Lo siento, Burk, no sabía qué te iba a molestar.

—¿Cuánto te dio?

—Un billete de cinco dólares. Campbell sacó dos billetes de cinco.

—Yo pago mejor, Jim.

Jim se frotó la mano sobre la manga como si la quisiera limpiar antes de aceptar el dinero de Campbell. Cuando los iba a guardar en el bolsillo, Burk detuvo su movimiento.

—Pero recuérdalo de una vez por todas, Jim. Cuando yo digo que no quiero ver a nadie, es porque no quiero ver a nadie.

—Perdona, Burk. No volverá a suceder.

Campbell hizo un gesto afirmativo y salió del apartamiento. Cuando llegó a la calle hinchó los pulmones de aire.

Fue andando hasta el establecimiento de Spencer. Había poca gente en el local. Spencer leía un diario tras el mostrador. Saludó a Burk, y sin que éste dijese nada, le preparó un vaso de *whisky*.

Campbell encendió un cigarrillo y bebió a pequeñas dosis. Una rubia se llegó a su lado. Era Stella, la modelo.

—¿Me sacas de aquí, Burk?

El miró a la mesa de donde ella venía. Había dos hombres y una mujer.

—Quédate con ellos.

—Estoy aburrida.

—Conmigo te aburrirías más.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

—Qué humos —dijo la modelo y volvió a su mesa.

Burk sacó un billete de a dólar y lo dejó sobre el mostrador, despidiéndose de Spencer. Otra vez en la calle, echó a andar lentamente. Al cabo de un rato se detuvo y miró el edificio que tenía delante. Sobre la puerta había un letrero: «Biblioteca Pública».

Lanzó una ojeada a la punta de los zapatos, las manos en los bolsillos. Finalmente, subió por la escalera. Una vez arriba, pidió al bibliotecario una colección de periódicos. Sentado ante la mesa de lectura, empezó a releer el caso Britt:

> «El 8 de noviembre, a las ocho y media de la noche, Donald Britt hizo una llamada telefónica desde su casa al doctor Albert Lieberman, rogándole acudiese inmediatamente, va que su esposa se encontraba muy

mal. El doctor Lieberman atendía desde hacía dos años a la señora Britt, aquejada de una enfermedad cardíaca. Cuando el doctor llegó al domicilio de Donald Britt, la esposa de éste ya había fallecido y sólo pudo diagnosticar que su paciente había muerto de un infarto de miocardio.

»El funeral se celebró al día siguiente. Dos días más tarde, el teniente, de la Brigada de Homicidios, Fred Janod, recibió un anónimo en el que se decía: "Donald Britt asesinó a su mujer con cianuro. Hagan la autopsia y lo comprobarán”.

»El teniente Janod, bajo su responsabilidad, ordenó el examen de los restos de la difunta, a pesar de las protestas de Donald Britt. El resultado de dicho examen fue positivo. Los técnicos diagnosticaron que Carolyn había fallecido a consecuencia de haber ingerido una gran dosis de cianuro. Por su parte, el doctor Lieberman declaró que el cianuro no formaba parte en absoluto de la medicación que había señalado para la enferma. Otros indicios vinieron a empeorar la situación de Donald Britt. La tarde que sobrevino el fallecimiento de su esposa, Donald Britt sugirió a Adriana Winkle, su sirvienta, que podía cambiar su tarde libre por la de aquel día, y ella dio su conformidad.

»Adriana Winkle tiene familia, en Bedford, un pueblo a veinticinco millas de Los Ángeles. Cuando iba a visitarlos tenía autorización para pasar la noche en Bedford y no regresaba a casa de los Britt hasta el día siguiente, a las ocho de la mañana.

»De esta forma Donald Britt pudo quedarse a solas con su esposa. Donald Britt confesó haber permanecido toda la tarde en su casa. Su mujer había dormido desde las cuatro hasta las seis, mientras él estudiaba un caso en su despacho, situado en la planta baja de la casa.

No había tenido ningún visitante. Únicamente a las cinco y media hubo una llamada de Olga Brown para interesarse por el estado de Carolyn. El propio Britt contestó a la señora Brown diciendo que su mujer se encontraba muy mejorada.

»A las seis, Donald Britt, siempre según su confesión, subió a ver a su mujer. Ella se había despertado y dijo sentir apetito. Donald bajó a la cocina y le preparó un emparedado de jamón y un vaso de leche. Permaneció con ella hasta que bebió la leche, y luego bajó de nuevo a su despacho porque el caso jurídico que tenía entre manos exigía toda su atención. A las ocho y media subió de nuevo al piso y encontró a su mujer inmóvil, como muerta. El corazón le latía muy débilmente. Por ello hizo la llamada al doctor Lieberman.

»En su posterior investigación, el teniente había interrogado a Adriana Winkle, la cual declaró que tres semanas antes del óbito de Carolyn Britt, el esposo de ésta, Donald, le había encargado que comprase un producto raticida.

»Ella en aquel momento se extrañó y hasta llegó a preguntar al señor Britt para qué lo quería. El esposo de Carolyn respondió que había encontrado señales de roedores en el desván de la casa. La policía encontró el raticida en el desván. Se habían utilizado tres cuartas partes de su contenido y los técnicos del laboratorio sólo hallaron en el paquete las huellas dactilares de Donald Britt.

»El teniente Janod sometió a nuevo interrogatorio a Donald Britt sobre ese aspecto, de la cuestión. Donald confesó ser verdad lo que había dicho Adriana, pero se ratificó en que había encontrado huellas de roedores. Empleó una fuerte cantidad del raticida, pero no sabía con exactitud cuánta, y admitía que no había

encontrado ningún roedor vivo ni muerto en toda la casa.

»Posteriores investigaciones demostraron que Donald Britt se encontraba en una ruinosa situación económica. Seis meses antes de la muerte de su mujer había dimitido su cargo de concejal, con el fin de atender su bufete. Se demostró que Donald Britt era presidente del consejo de administración de la «Inmobiliaria Urbis», sociedad que se encontraba al borde de la quiebra.

«Donald Britt había contratado, dos años y medio atrás, una póliza de seguros sobre la vida de su mujer, Carolyn. En aquel entonces su esposa no tenía el menor síntoma de enfermedad alguna. El capital suscrito era de cincuenta mil dólares. Durante el último año, Britt se había retrasado en el pago de las cuotas de dicho seguro, pero justo quince días antes del fallecimiento de su mujer, lo había liberado totalmente, pagando las cuotas vencidas.

»Dos días después de la muerte de Carolyn, Donald había cobrado los cincuenta mil dólares y al día siguiente devolvió a Simón Kane, un fabricante de plásticos, seis mil dólares que le había aceptado en préstamo tres semanas antes. Donald Britt confesó que, de estos seis mil dólares, tres mil los había invertido en liquidar las cuotas vencidas de la póliza.

»Cuando Simón Kane fue llamado a testimoniar en el juicio contra Donald Britt, afirmó que en un principio no había querido hacer su préstamo a Donald, pero que éste insistió mucho, asegurando que muy pronto se lo devolvería. Donald Britt dijo que esto era cierto, pero que, al hablar de una próxima devolución, se refirió a una mejoría en los negocios de la inmobiliaria.

»La defensa de Donald Britt ha corrido a cargo del

> abogado Harold Shelley, quien trató de presentar el caso como un suicidio. Carolyn Britt, según la tesis del abogado, se había dado cuenta de que su enfermedad era incurable y decidió acabar con su vida. Le bastó descubrir el paquete de raticida que Donald había dejado en el desván. Ella misma se preparó la dosis. Si bien era cierto que Carolyn bebió la leche en presencia de su marido, también lo era que Donald se separó de su mujer para continuar trabajando en su despacho. Al quedar sola, Carolyn debió mezclar la dosis mortal de cianuro en el resto de la leche».

El resumen de aquel caso estaba bajo los negros titulares de la edición extraordinaria del «Monitor», lanzada unas horas después que el jurado emitió su veredicto:

> «Donald Britt, culpable de asesinato, morirá en la cámara de gas».

CAPÍTULO II

Burk Campbell salió de la biblioteca pública y echó a andar por la calle. Pensó en Carolyn, en Donald, pero procuró ahuyentar las imágenes del pasado. Sólo quería tener en cuenta ahora la historia que acababa de leer en la colección del «Monitor».

Todas las circunstancias acusaban a Donald. Y ahora él, Burk, sabía algo que había ignorado el jurado. Existía otra mujer en la vida de Britt: su secretaria, Sheyla Mac Comby. Bueno, ¿no le había dicho a la propia Sheyla que no se ocuparía del asunto? ¿Por qué entonces estaba allí, frente a la casa donde el matrimonio había vivido?

Instintivamente sus pasos le habían conducido a aquel lugar.

Al diablo con todo. Era perder el tiempo. Bernard Britt era el asesino y ahora lo iba a pagar.

Fue a volverse, pero de súbito se encendió una luz en el piso alto de la casa. Permaneció quieto, mirando. A través de los visillos vio pasar la figura de una mujer.

Se movía muy deprisa.

Empujó la cancela del jardín y echó a andar hacia el porche.

La puerta estaba entornada y el vestíbulo a oscuras. Al fondo vio la escalera que conducía al piso superior.

Ascendió de peldaño en peldaño, evitando cualquier ruido.

Una puerta estaba abierta: la de la habitación iluminada. Alguien se movía allí dentro. Se dejó ver en el hueco.

Una mujer estaba buscando en el cajón de la mesilla de noche. Era rubia, de cintura estrecha y caderas anchas.

—Buenas noches.

La mujer dio un grito, sobresaltada, y giró bruscamente.

—¿Quién es usted?

—Burk Campbell.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Vi luz y decidí llegarme para hacerle unas cuantas preguntas, señorita Winkle.

—¿Me conoce?

—Vi una fotografía suya en el periódico cuando se celebró el proceso. Poseía una bonita cara, de nariz respingona y hociquito saliente.

—Ha dicho Campbell. Ya entiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

—Sé quién es. Les oí hablar de usted.

—No sabía que hubiese sido tema de conversación.

—El señor Britt le despreciaba. Decía que era usted un hombre sin escrúpulos.

—¿Y qué decía ella?

—Le defendía.

—Es un consuelo saberlo. Burk entró en la estancia.

—Donald Britt se reía también de usted. Decía que estaba seguro de que usted continuaba enamorado de su mujer.

Campbell pasó junto a ella sin decir nada y apartó los visillos para mirar al jardín.

—¿Pudo llegar alguien por aquí? —inquirió.

—Esa ventana estaba cerrada.

—¿Cómo lo sabe? Usted se había marchado. La joven alzó la cabeza.

—Lo dijo el señor Britt.

—Oh, sí, ahora lo recuerdo. ¿Vive aquí, Adriana?

—No. Desde que ocurrió la muerte de la señora Britt vivo en Bedford, con mi hermano.

—¿Ralph Winkle, el dueño de un bazar?

—Mi hermano se llama Peter y tiene un garaje. En Bedford hay muchos Winkle.

—¿Puedo preguntarle a qué ha venido entonces?

—Tenía aquí algunas cosas y vine por ellas.

—¿Vino por ellas al dormitorio de la difunta?

—No me gusta su actitud, señor Campbell.

—¿Qué está buscando en ese cajón?

—No es asunto suyo.

Adriana caminó hacia la puerta, pero Burk la cogió de la muñeca.

—Abra la mano.

Ella se volvió furiosa.

—¿Quiere soltarme, señor Campbell?

—Abra la mano. Quiero ver lo que ha sacado del cajón. Adriana abrió la mano, mostrando en la palma un broche.

—Es mío. Me lo regaló la señorita. No crea que es auténtico. Se puede adquirir por quince dólares en cualquier bazar. Una de las piedras se había caído. La señora Britt dijo que ella lo arreglaría. Me acordé hace un rato y subí para llevármelo.

Burk la dejó libre.

—¿Cree que él la mató? La joven frunció el ceño.

—Claro que la mató él… La odiaba.

—¿Por qué no dijo usted en el juicio que Donald Britt odiaba a su mujer?

—Soy humana. Él ya tenía bastante. ¿Para qué acumular más cosas sobre su cabeza?

—¿Por qué la mató?

—Tengo entendido que usted fue detective. No me decepcione, señor Campbell, ¿o era un detective muy malo y por eso dejó la profesión?… La muerte de esa mujer significaba para el señor Britt cincuenta mil dólares. ¿No cree que era un buen motivo?

—Se mata por dinero o por amor. Donald lo hizo por dinero…

—Sus deducciones son interesantísimas —ironizó ella.

—¿Sólo por dinero?

—¿Qué quiere decir?

—Pudo haber otra mujer.

—No, no había otra mujer.

—¿Está segura?

—El señor Britt hacía la mayor parte de su vida fuera de casa. Nunca se me ocurrió espiarle.

—¿Conoce usted a su secretaria?

—Desde luego. Sheyla Mac Comby.

—Una bonita mujer, la clase de secretaria de la que un jefe podría enamorarse. ¿No lo cree así, Adriana?

—Sólo la vi una vez.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en la casa. Donald la llamó una tarde para dictarle un trabajo. ¿Cree que él la habría traído a su casa de haber existido algo entre ellos?

Campbell dio unos pasos por la habitación y se sentó en el borde del lecho.

—¿Quién es la señora Brown?

—Una amiga de la familia. Ella y la señora Britt intimaron mucho.

—¿Y la señora Brown y Donald Britt?

—Abandone esa idea. La señora Brown tiene cincuenta años y es una mujer que no posee ningún encanto. La señora Brown es la presidenta de la «Asociación de Protección a la Juventud», y Carolyn Britt era la secretaria.

—¿Qué clase de sociedad es ésa?

—Se encargan de enderezar la vida de los muchachos descarriados. Dicen que hay muchos.

—¿Es casada la señora Brown?

—No.

—¿Qué partido tomó la señora Brown respecto a la muerte de Carolyn?

—La señora Brown no tuvo ninguna duda respecto a la culpabilidad de Donald Britt.

—¿Se lo dijo ella misma?

—No. Su sirvienta, Betty Sheridan. Es amiga mía.

—¿Venía con frecuencia por aquí la señora Brown?

—Lo hacía dos o tres veces por semana. Carolyn estaba muy interesada en la asociación y la señora Brown le daba cuenta de los trabajos que iba realizando.

—¿Dónde vive la señora Brown?

—Calle de la Alameda, número catorce… Oiga, ¿por qué hace tantas preguntas?

—Soy muy curioso.

—¿Quién le ha dicho que investigue?

—De pronto sentí un impulso.

—Lo ha sentido muy tarde. El señor Britt será ajusticiado en la cámara de gas.

—¿Por qué le odia?

—¿Eh?

—Usted odia con todas sus fuerzas a Donald Britt. ¿Por qué?

—Porque no quería a su mujer, porque él la odiaba a ella.

—¿No será otra la razón? ¿No será que usted se había enamorado de él y Donald no le hizo ningún caso?

—Es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

—¿Por qué no iba a ocurrir tal cosa? Usted es una mujer bonita y Donald Britt un hombre bien parecido. Convivían los dos con una mujer enferma…

—¿Cómo se atreve a pensar de mí esa suciedad?

—¿Cuánto tiempo estuvo con ellos?

—Llegué a la casa poco después que la señora Britt cayó enferma.

—¿Vino recomendada?

—Sí.

—¿Por quién?

—Por la señora Brown.

—¿Tiene usted algo que ver con la «Asociación de Protección a la Juventud»?

—Sí, señor Campbell. Yo fui una de las jóvenes que ellos protegen.

—¿Qué es lo que había hecho para merecer tal protección?

—Había robado.

—¿Dónde?

—En una casa donde estuve prestando mis servicios, también como sirvienta.

—¿Quién era su patrón?

—Elmer y Nora Lacy.

—¿Qué fue lo que se llevó de la casa?

La joven abrió otra vez la mano, mostrando el broche.

—Una joya. Y si quiere saber su valor, también se lo diré. Estaba valorada en cinco mil dólares… Sólo lo tomé para empeñarla.

—¿Para qué?

—Un amigo mío se encontraba en un apuro. Su nombre es Jay Jepson. Jay me dijo que en un plazo de dos días me devolvería el dinero, pero no fue así. La señora Lacy descubrió la falta del broche al tercer día y denunció el caso. Uno de los policías encontró en mi bolso la papeleta de empeño. Era menor de edad y sentenciaron que yo debía ir a un reformatorio. Fue allí donde conocí a la señora

Brown, y ella me recomendó a Carolyn Britt. Salí del reformatorio para venir aquí. ¿Está ya satisfecho, señor Campbell? Le he querido ahorrar molestias en su investigación. Sólo me falta agregar que estaba muy agradecida a la señora Britt. Se portó conmigo maravillosamente. Ella era un ángel. No merecía el final que tuvo. Donald Britt es un asesino y debe pagarlo con la muerte.

Burk se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Señor Campbell: ¿qué va a hacer ahora?

—Hablaré con la señora Brown.

—¿Va a continuar su investigación?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije antes. Quiero saber lo que realmente pasó.

—Entonces, ¿usted no cree que Donald es el ase sino…?

—Se lo diré en secreto, Adriana. También es mi candidato. Pero cuando trabajaba como detective tenía una norma: no detener una investigación ya iniciada. Siempre llegaba hasta el fin.

—¿Dónde estará el fin para usted en este caso?

—Cuando Donald respire el gas letal.

—Lo respirará, señor Campbell. Será un castigo del cielo. Mató a su mujer con cianuro y también habrá cianuro para él.

CAPÍTULO III

—Buenas noches, señora Brown. Soy Burk Campbell.

La señora Brown miró al joven con ojos entornar dos. Adriana Winkle había hecho una buena descripción de ella. Era seca, desprovista de todo encanto femenino.

—De modo que usted es Campbell —forzó una sonrisa—. Ella me habló mucho de usted. ¿Quiere pasar…?

Fue introducido a un «*living*» limpio y bien ordenado. Burk aceptó la invitación.

La señora Brown se fue a la cocina y al cabo de un rato volvió portando una bandeja en la que había dos vasos. Ella ocupó el sillón frente al en que Burk estaba sentado.

—Pensé que vendría, señor Campbell, aunque debo decirle que ha tardado mucho.

—¿Por qué pensó que vendría?

—Sí, Carolyn no se había equivocado, usted la quiso mucho…

—Por favor, no se refiera a cosas que sucedieron hace un millón de años.

—Debo achararle una cosa, señor Campbell —la señora. Brown hizo una pausa—. Carolyn le quería a usted.

—Me temo que no puedo creerla.

—Ya sé, ella eligió a Donald.

—Eso decidió el asunto.

—¿No tolera los errores en los demás? Burk bebió un trago de *whisky* sin replicar.

—Carolyn se dio cuenta demasiado tarde —prosiguió la señora Brown—. Sí, señor Campbell, se dio cuenta de que sólo a usted había amado y de que su matrimonio con Britt había sido un completo fracaso.

—¿Por qué no se separó de él?

—Sabía mejor que nadie que se iba a morir. No quería separarse de su marido y acudir al lado de usted para que la acogiese de nuevo.

—¿Cuándo le contó todo eso?

—Un mes antes de que muriese. Mientras estuvo enferma tuvo mucho tiempo para pensar… Me dijo que ella no había sabido ser digna de usted. Se dejó llevar por la aureola que rodeaba a Donald Britt, esa aureola de seguridad, de triunfo. En aquel tiempo, Donald Britt era un abogado con un brillante porvenir, al menos así era considerado en esta comunidad. Por añadidura, Donald pertenecía a una familia que en otros tiempos había alcanzado una gran preponderancia… Todo ello influyó mucho sobre Carolyn para que llegase a creer que estaba realmente enamorada de él.

—¿Mató Donald a Carolyn?

La señora Brown hizo un gesto de sorpresa.

—Eso no admite ninguna duda.

—¿Qué opinión le merecía él, señora Brown?

—Donald Britt es un ser egoísta. Se casó con Carolyn no porque estuviese enamorado de ella, sino porque Carolyn era una mujer hermosa, radiante, justo la esposa que él necesitaba para llegar a la meta que se había propuesto y ser uno de los prohombres de esta ciudad.

—Sin embargo, parece que las cosas no le fueron bien a Donald Britt.

—Fue enteramente suya la culpa y sólo gracias a Carolyn salió bien librado.

—¿A qué se refiere?

—Donald quiso aprovecharse de su cargo en el Ayuntamiento. Como recordará, fue concejal.

—Sí, dimitió.

—Es inexacto. Fue obligado a dimitir por el alcalde. Donald había constituido una inmobiliaria por acciones. Como concejal se las arreglaba para que su firma lograse contratos del Municipio… Realizó varias construcciones, entre ellas la de un colegio para niños en el distrito de Laurel Canion.

—Ya recuerdo, ese edificio se desplomó meses después de su inauguración. Por fortuna los hechos ocurrieron de noche y no hubo

ninguna desgracia personal. Si mal no recuerdo, aquella construcción fue realizada por la firma «Johnson», no por la «Inmobiliaria Urbis».

—Entonces no existía la «Inmobiliaria Urbis» y la firma «Johnson» era justamente la sociedad de Donald Britt. Muy pocas personas pudieron saber entonces que Donald Britt estaba tras de aquello. Con posterioridad, cambió el nombre de «Johnson» por el de «Inmobiliaria Urbis». Los técnicos informaron que la catástrofe sobrevino porque en la construcción no se tuvieron en cuenta las más mínimas normas. Con arreglo a la Ley, Donald Britt pudo ser condenado hasta a diez años de prisión. Eso hubiera supuesto para él la ruina total, el fin de sus sueños. Carolyn intervino en su favor. Sólo gracias a ella Donald pudo salvarse. Y el pago de él ha sido asesinarla para cobrar los cincuenta mil dólares de la póliza que había suscrito a nombre de Carolyn y de la que él era beneficiario.

—¿No cree en el suicidio de Carolyn?

—¿Qué?

—Fue la opinión del abogado defensor. Usted pinta un cuadro con tintas favorables para esa hipótesis. Carolyn iba a morir, no estaba enamorada de su esposo… Su esposo había arruinado su carrera. ¿No cree que, en tales circunstancias, ella pudo perder la cabeza y darse muerte a sí misma?

—No, no lo creo. Carolyn era una mujer muy entera. Habría esperado a que le llegase la muerte con sus pasos contados —hizo un gesto negativo—. No, señor Campbell, se equivoca. Carolyn no se suicidó. Fue él, Donald, quien la mató.

Burk apuró el contenido de su vaso.

—¿Qué opinión tiene de Adriana Winkle?

—Es una buena chica.

—Fue a parar a un reformatorio.

—¿Sabe eso?

—Estuve hablando con ella antes de llegarme aquí y también me habló de la Sociedad de ustedes.

—Entonces sabrá que hay muchos jóvenes de ambos sexos que a veces inician el mal camino impulsados por fuerzas extrañas.

—Y usted piensa que Adriana Winkle es un claro ejemplo.

—Quiero decirle que estoy orgullosa de haberla ayudado. Adriana Winkle ha probado que merecía la confianza que yo le

concedí. Carolyn estaba muy satisfecha de su comportamiento.

—Me gustaría saber si Carolyn, antes de caer enferma, trabajó realmente en la «Sociedad de Protección a la Juventud», o bien su cargo de secretaria era simplemente honorífico.

—Oh, no, Carolyn se sintió entusiasmada por nuestra asociación. Ella fue una de las que dio mayor impulso a nuestras actividades. Ayudó a muchos jóvenes. Era buena, sincera… Y ya lo ve. Un miserable la mató. Sólo nos queda el consuelo de que ahora ese miserable lo va a pagar con su vida.

Burk se puso en pie.

—Gracias por todo, señora Brown. Su *whisky* es excelente.

—Me ha dejado usted intrigada, señor Campbell.

—¿Sí?

—Pensé que sólo quería saber acerca de Carolyn, pero me ha sometido a un interrogatorio como si estuviese realizando1 una investigación.

—Es lo que estaba haciendo precisamente, pero ya terminé, señora Brown.

—Celebro mucho que haya venido, señor Campbell. He estado a punto de buscarle alguna vez, pero pensé que no tenía ningún derecho a darle a conocer los pensamientos de Carolyn. Prefería dejar que fuese usted quien decidiese.

—No he visto a su sirvienta.

—Oh, Betty me pidió permiso para ausentarse esta tarde. No tardará en regresar. Desde hace unos meses está prometida a un muchacho y, según parece, sus relaciones van por buen camino.

—¿También ella es una protegida?

—La saqué del mismo reformatorio que Adriana.

—¿Se conocieron ellas allí?

—Sí. Betty es tan buena muchacha como Adriana.

—Aplaudo sus sentimientos, señora Brown. Buenas noches. La señora Brown le acompañó hasta el porche.

Una hora más tarde, Campbell entraba en su apartamiento.

Desde que abandonó su profesión de detective privado vivía allí. Siempre había sido un buen jugador de póker y no le costó ningún trabajo convertirse en profesional.

Se despojó de la chaqueta y los zapatos y tendióse en la cama con un humeante cigarrillo en los labios.

De pronto, el teléfono que había sobre la mesilla de noche se puso a sonar.

—Burk Campbell al habla.

—Buenas noches, señor Campbell. Soy Sheyla Mac Comby.

—Usted dirá, señorita Mac Comby.

—A mí también se me ocurrió pasear hasta la casa de los Britt. Siento haber hecho el papel de espía. Le vi a usted entrar en la casa y, más tarde, a través de la ventana del dormitorio de Carolyn.

—Estoy llegando a la conclusión de que es usted una buena detective. No necesitaba a nadie para realizar la misión que quiso encargarme.

—¿Por qué ha de ser siempre desagradable? ¿Qué averiguó?

—Nada, señorita Mac Comby. No averigüé nada.

—Después fue a casa de la señora Brown.

—¿También me siguió?

—Sí.

—¿Por qué no me salió al paso? Habríamos hecho el viaje juntos. Además, habría sido excelente para darme a conocer por qué piensa que Donald Britt es inocente.

—Sigue creyendo que es el asesino.

—No hace falta que me vuelva a seguir, señorita Mac Comby. No haré ninguna otra gestión.

—¿Qué le dijo la señora Brown?

—Me contó lo relacionado con la catástrofe del colegio en que, por un verdadero milagro, no murieron centenares de niños. Habría bastado con que el derrumbamiento hubiese sobrevenido en pleno día para que Donald se hubiese convertido en un asesino con un poco de anticipación.

—Donald no tuvo la culpa de esa catástrofe.

—No me diga. ¿La tuve yo quizá?

—Donald sólo era en la sociedad el que aportaba los contratos. Usted sabe perfectamente que él no era un especialista de la construcción.

—¿Quién era el otro?

—Sam Clarke.

—He oído hablar de Sam Clarke, aunque no lo conozco personalmente. Clarke es el propietario de la firma que lleva su nombre.

—Lo crea o no, Sam Clarke era el socio principal de Donald.

—¿Cómo repartían los beneficios?

—A medias supuestamente, pero estoy segura de que la parte del león era para Clarke.

—Un poco más y dirá que Donald Britt era un ingenuo muchachito al que Clarke se la jugó.

—Ya sé que es difícil metérselo en la cabeza porque está predispuesto contra Donald, pero Sam Clarke es el verdadero responsable de aquella catástrofe. Lo pagó Donald porque era el único socio visible de la firma «Johnson».

—Señorita Mac Comby, nos hemos apartado de la cuestión principal. Admitiendo que esté en lo cierto con respecto a Clarke, eso no prueba que Donald sea inocente de la muerte de su mujer.

La joven guardó silencio.

—¿No tiene nada más que agregar, señorita Mac Comby? —inquirió Burk.

—No, Campbell. Eso es todo.

—¿Ningún dato con respecto a esa supuesta inocencia de Donald?

—No, señor Campbell.

—Lo siento, pero usted comprenderá que no puedo perder el tiempo.

—No, claro que no puede perderlo… Ande, vaya al garito. Le estropeé la noche, señor Campbell. Hasta es posible que haya dejado de ganar dinero por mi culpa… Siento haberle molestado.

Burk esperó a que ella colgase para hacerlo él a continuación. Soltó unas cuantas imprecaciones por lo bajo mientras se duchaba. Trató de dormir pero no podía. Abrió una botella de *whisky* y se escanció una ración. Fumó tres cigarrillos.

Sólo consiguió dormirse cuando empezaba a nacer el día.

CAPÍTULO IV

Estuvo durmiendo hasta cerca de las dos de la tarde.

Fue al establecimiento de Jimper, donde almorzó. Por el camino había oído vocear a los vendedores de periódicos que aquella noche Donald Britt sería ajusticiado en la cámara de gas.

Se fue al apartamiento de Mirna.

—¿Por qué no viniste? —le preguntó Mirna, mientras caminaban hacia el «*living*».

Mirna era una rubia que trabajaba como vocalista en el «Club Zíngaro». Poseía una bonita cara, de ojos verdosos.

Se cubría con ceñidos pantalones negros, blusa roja y calzaba zapatos de tacones altos.

—De modo que fuiste a verla.

—¿A quién te refieres?

—A la muchacha que fue a verte al garito. Dick me lo contó.

—Dick es un bocazas y un día de éstos le voy a aplastar las narices.

—No soy celosa, Burk. Lo único que pasa es que no me gusta que me den plantón.

—¿Por qué crees que te elegí, Mima? Precisamente por eso, porque no eres celosa como las demás. Si te sirve de algo, no fui con esa chica.



—No maté a mi mujer... No la asesiné...

La joven preparó dos vasos de *whisky*. Luego se sentó cruzando las piernas.

Burk la miró y se dijo que Mirna sabía adoptar siempre la posición que más la favorecía. Parecía una «girl» de un calendario.

—Vas a trabajar para Donald Britt —dijo ella.

—¿También te lo dijo Dick? Os equivocáis los dos, tú y Dick. No

voy a trabajar para nadie.

—Anoche llegué a pensar que te ibas a meter en un lío y me pregunté por qué lo harías. ¿Por Donald Britt?

—Es un tipejo.

—¿Por su esposa muerta?

—Cállate.

—Sigues enamorado de ella, ¿verdad?

—No preguntes.

—Estás enamorado de una muerta.

Campbell bebió un trago de *whisky* y dejó el vaso sobre la mesa, mientras se encaminaba hacia la puerta del apartamento.

—¿A dónde vas, Burk?

—Por ahí. A respirar.

Mirna corrió tras él y le cogió de un brazo.

—Quédate.

—No puedo.

—Te estás atormentando inútilmente.

—¿Qué sabes tú?

—Un día que habías bebido demasiado me lo contaste.

—¿Qué es lo que te conté?

—La historia de dos jóvenes que se amaron. El hombre de ella era Carolyn y el de él Burk.

—Debía estar muy borracho.

—Ella murió ya y a Donald lo van a matar… Deja al agua correr, Burk.

—Es justamente lo que voy a hacer. No necesitaba tu consejo.

—Quisiera ayudarte de alguna forma. Burk le sonrió con amargura.

—No puedes, Mima. Nadie puede… —La besó en la comisura de la boca y salió del apartamiento.

Se dirigió al bar de Nick Morano. Arriba, en los reservados, siempre había entabladas dos o tres partidas de póker.

Conocía perfectamente al jugador profesional. La mayoría de las veces le bastaba con unas cuantas manos para descubrir algún sospechoso. En la partida del reservado número ocho había dos jugadores profesionales. Sin embargo, fue allí donde se introdujo, porque pensó que eso era lo que le convenía, una partida fuerte, difícil, que le absorbiese sus pensamientos. No, *no* quería pensar

más en el asesinato de Carolyn, ni en Donald Britt…

Las horas fueron transcurriendo. Llegó a perder hasta trescientos dólares, pero luego atrapó una jugada buena y recuperó doscientos.

De pronto, uno de los hombres dijo:

—Sólo falta un par de horas y habrá un tipo menos en el mundo, ya saben, el asesino que van a liquidar dentro de un rato.

Burk consultó su reloj. Faltaba una hora y cinco minutos para que Donald Britt se fuese al otro mundo.

Otro de los jugadores opinó:

—Debe ser horrible eso de que a uno se lo carguen con gas letal. Me he preguntado muchas veces qué sentirán cuando oigan caer las bolas en el recipiente. No habrá ningún ruido que se les parezca…

Se abrió la puerta y un empleado anunció:

—Hay una llamada para ti, Burk.

—Di que no estoy.

—Es una mujer.

—Da lo mismo.

—No es Mirna, ¿sabes? Dijo llamarse Sheyla Mac Comby.

Ninguno de los que jugaban con Burk había formado parte de la partida de la noche anterior, cuando conoció a Sheyla.

—Bueno, ¿qué le digo, Burk? —preguntó el empleado.

—Voy allá. Dispensadme, muchachos.

El teléfono estaba en el despacho donde se encontraba Nick Morano.

—Hola, Burk —le saludó Morano—. ¿Cómo va eso?

—Perfectamente —dijo Burk, y atrapó el teléfono que estaba sobre la mesa.

—¿Qué ocurre ahora, señorita Mac Comby?

—Le he estado buscando durante toda la tarde. Donald quiere hablar con usted.

—¿Para qué?

—No me lo ha dicho. Fui a mediodía a verle y me rogó que le transmitiese el mensaje.

—Oiga, señorita Mac Comby. ¿A qué conduce todo esto?

—Señor Campbell, debo decirle que no existe salvación para Donald. Su abogado hizo una última visita al gobernador para solicitar clemencia, pero su petición fue rechazada. Quien le pide que vaya a verle es un hombre que va a morir.

—Es usted enternecedora. Iré.

—Pasaré a recogerlo dentro de cinco minutos. Estoy muy cerca de ahí. Recogió su dinero y se despidió de los jugadores.

Sheyla llegó conduciendo un «Ford» modelo del año anterior. Burk se sentó a su lado y la muchacha reemprendió el camino.

—Gracias por venir. Burk emitió un gruñido.

Al llegar a la prisión fueron conducidos al despacho del alcaide. Éste, hombre de unos cincuenta años, de cabello blanco, estrechó la mano de Sheyla y luego la de Burk.

—El preso manifestó su deseo de hablar con usted, señor Campbell —consultó su reloj—. Le ruego sea breve.

Dio las órdenes oportunas y Burk fue conducido al pabellón de los condenados a muerte. El carcelero abrió la celda.

—Britt, tiene visita.

Burk fue a entrar en la celda, pero una mano le cogió por detrás.

—Perdone, Campbell, pero debemos registrarle, de acuerdo con el Reglamento.

—Adelante, muchachos —asintió Burk.

Terminado el registro, el carcelero hizo una señal con la cabeza a Campbell para que entrase.

Donald Britt estaba sentado en el jergón.

Burk se detuvo cerca. El Donald Britt que tenía delante era la sombra del que había conocido años atrás. Su cabello negro ahora blanqueaba en las sienes, los ojos azules carecían de brillo y bajo ellos mostraba grandes bolsas.

—¿Cómo estás, Burk?

—Muy bien —sacó el paquete de cigarrillos. Donald declinó la invitación y Burk encendió uno.

—Tú también crees que yo la maté, ¿verdad?

—Sí.

Donald sonrió con amargura.

—Será inútil que te diga que no fui yo.

—Completamente inútil.

—Te hice mucho daño y lo comprendo.

—No se trata ahora de lo que me hiciste, Donald. Si hubiese algo a que asirse, te diría que tengo alguna duda. Anoche hablé con Adriana Winkle y con la señora Brown. Ninguna de ellas aportó nada nuevo.

—No la maté, Burk.

—Pruébalo.

—No puedo.

—Lo suponía.

—Dije la verdad y lo repito ahora. Subí a mi mujer el emparedado de jamón y el vaso de leche, y estuve con ella hasta que se bebió la leche. Luego bajé al despacho. Cuando subí otra vez, apenas respiraba. Le puse la mano en el corazón y me di cuenta de que se encontraba muy grave.

—Ya lo sé: llamaste al doctor Lieberman y, cuando él llegó, Carolyn ya había muerto.

—Así fue, Burk.

—¿Nadie entró en la casa mientras estuviste en el despacho?

—Tuve un visitante.

—Eso no lo dijiste a la policía ni durante el juicio.

—No podía decirlo.

—¿Quién era ese visitante?

—La mujer de Sam Clarke, Luana.

—¿Qué fue a hacer a tu casa? Donald bajó la mirada.

—¿Qué fue a hacer a tu casa? —repitió Burk.

—Ella y yo… —dejó la frase sin terminar.

—Ya comprendo… Eres un puerco, Donald. Un maldito puerco. Carolyn estaba muy grave y te atreviste a citar en tu propia casa a tu amiga.

—Admito que ella y yo sosteníamos relaciones pero no vino a eso. Se llegó para anunciarme que iba a pedir la separación de Sam. Quería casarse conmigo.

—¿A qué hora te visitó?

—A las siete.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde por la mañana. Me llamó a mi oficina. Quiso que nos viésemos. Dijo que tenía algo importante que comunicarme. Yo había prometido a Carolyn que pasaría la tarde con ella. Había decidido dedicar unas horas a estudiar un caso que debía ventilar en los tribunales tres días más tarde. Sé que cometí un fallo imperdonable, no debí citarla en mi casa, pero las cosas se hacen a veces irreflexivamente. Más tarde, cuando estuve con Carolyn, me acordé de Adriana, la sirvienta. Lo arreglé fácilmente concediéndole

la tarde libre.

Donald hizo una pausa, apretándose el puente de la nariz con la diestra. Su voz había ido bajando de tono, haciéndose cada vez más ronca.

—Poco antes de las siete estuve atento a la llegada de Luana. Le abrí la puerta y los dos fuimos a mi despacho. Fue entonces cuando me lo explicó. Había sostenido una fuerte discusión con Sam.

—¿El motivo eras tú?

—No. No se llevaban bien desde hacía unos cuantos años. Discutían por cualquier cosa. Esta vez el motivo fue un vestido que Sam consideraba demasiado atrevido. Luana me dijo que al terminar la discusión, ella le había pedido que le concediese la libertad.

—¿Y qué le contestó Sam Clarke?

—Dio su consentimiento.

—¿Se han separado?

—No.

—¿Por qué no?

—Yo no he vuelto a ver a Luana desde entonces.

—Volvamos otra vez a tu despacho, donde te encontrabas con Luana aquella tarde.

¿Qué más pasó?

—No ocurrió nada más.

—¿En qué momento te separaste de ella?

—No me separé. Estuvimos juntos.

—¿Todo el rato?

—Sí, todo el rato.

—¿Cuánto tiempo duró la entrevista?

—No miré el reloj, pero debió ser una media hora. Luego la acompañé a la puerta y se marchó tan silenciosamente como había llegado.

—¿Cabe la posibilidad de que Carolyn se enterase?

—¿Eh?

—Ya lo has oído. Según tú, no hiciste ningún ruido. ¿Y si ella oyó cerrarse una puerta o la conversación que sostenías con Luana?

—No podía oírlo. Ella estaba en el piso alto.

—Suponte que ella bajó.

—No bajaba desde hacía tres meses.

—Imagina que la oyó llegar y os escuchó. ¿Consideras capaz a Carolyn de haberse suicidado?

—No lo sé, Burk. No lo sé, pero yo no la maté.

—Hasta ahora no te lo he dicho, pero de toda la historia sólo hay una cosa que puede tener importancia…

—¿El qué?

—El anónimo que se dirigió a la policía… No es una prueba concluyente de tu inocencia, pero sí un indicio de que lo pudieras ser.

—Burk, no me va a salvar nadie. Dentro de pocos minutos saldré por esa puerta y habré iniciado mi último viaje. ¿Crees que en estas circunstancias te podría mentir?

—No lo sé… No puedo contestar a tu pregunta. No estoy en tu cerebro.

—Te juro que soy inocente.

—¿Es cierto que Sam Clarke formaba parte de tu Sociedad?

—Sí.

—¿Fue él el causante de la catástrofe del colegio?

—No lo supe hasta que se produjo. Yo creí que él jugaba limpio conmigo.

—Ahora que ya ocurrió todo y echando la vista atrás, ¿no crees que Sam Clarke estaba al corriente de lo que había entre tú y su mujer?

—Siempre se comportó con naturalidad.

—Retrocedamos otra vez a aquella tarde. Tú fuiste a la cocina para preparar el bocadillo de jamón y el vaso de leche.

—Sí.

—¿De dónde sacaste la leche?

—En el frigorífico había una botella.

—¿Había sido utilizada ya?

—No. Estaba herméticamente cerrada. La destapé y llené un vaso. Luego volví la botella al frigorífico.

—Esa botella de leche contenía el cianuro, Donald.

—No. No podía contenerlo.

—¿Por qué no?

—Aquella noche, después que Carolyn murió, volví a la cocina. Abrí el frigorífico, saqué la botella de la leche y me serví un vaso.

—¿No le encontraste un sabor extraño?

—No.
—¿Existe una puerta trasera en la casa?
—Sí.
—¿Cuántas llaves hay de la puerta trasera?
—Sólo una.
—¿Quién la tiene?
—Yo.
—¿La has dejado alguna vez a alguien?
—Nunca.
—¿Qué hay de la señora Brown?
—Es una bruja, una condenada entrometida.
—Parece que quería mucho a Carolyn.
—Esa mujer no quiere a nadie. Sólo se quiere a sí misma.
—Es presidenta de la «Sociedad de Protección a la Juventud». Donald rió con sarcasmo.
—Esa mujer necesitaba dirigir algo, ser la presidenta de alguna cosa. Si no hubiese metido las narices en esa Asociación, habría sido en cualquier otra.
—¿Por qué pagaste las cuotas atrasadas de la póliza poco antes de que Carolyn muriese?
—Era lógico que lo hiciese. Ella iba a morir, no sabíamos cuándo, pero iba a morir. Cuando formalicé esa póliza, Carolyn estaba sana.
—¿Por qué lo hiciste?
—A Carolyn le gustaba la velocidad. Muchas veces le había advertido del peligro, pero ella no quería hacer caso. Fue entonces cuando hice la póliza, no como una operación comercial, la vida de Carolyn por cincuenta mil dólares, sino por un mínimo de seguridad.
Si ocurría cualquier accidente, ella podía lesionarse. Maldita sea, ¿es que necesitas más explicaciones?
—¿Cuándo dejaste de quererla?
—Nunca la quise como tú. No, nunca. No estaba enamorado de ella.
—Es lo que dice la señora Brown. Sólo te casaste con ella para lucirla. La necesitabas para que fueses admirado, querías que todo el mundo te señalase y que dijese: «Qué hermosa mujer tiene Donald Britt».

Donald se levantó yendo hacia la pared del fondo, apretándose las manos contra el estómago:

—Está bien. Es cierto. Me casé con ella por eso. Pero no la abandoné cuando el doctor Lieberman me dijo que no tenía curación. No lo habría hecho por nada el mundo.

—Eres muy noble, muy justo.

—No te debí llamar, Burk. Todavía me odias, lo leo en tus ojos.

—Te equivocas. Te odié hasta ahora, pero al llegar aquí me doy cuenta de que lo único que siento por ti es compasión.

—¡No quiero que digas eso!

—Compasión.

—Anda, lárgate. Ya me has visto caído, a punto de caer ajusticiado. ¿No es eso lo que tú querías?

—Lo quise cuando los diarios informaron de que la habías matado.

—Magnífico. Me condenaron y me van a quitar del medio. Puedes estar tranquilo. Pero óyeme bien esto, Burk Campbell, métetelo en la cabeza: No maté a mi mujer… No la asesiné… Soy inocente.

En aquel momento se abrió la puerta de la celda.

Burk vio en el hueco a un sacerdote que portaba un libro de pastas negras.

—Anda, márchate —dijo Donald. Burk lo miró a la cara.

—Sí, Donald, pero quiero decirte algo. Ahora te creo.

Sé que no la mataste. No te puedo salvar la vida ni tampoco te la podré devolver, pero te prometo una cosa. Se lo haré pagar al verdadero culpable.

Burk dio media vuelta y salió de la celda.

CAPÍTULO V

Sheyla y Burk no habían hablado desde que salieron de la prisión. El coche avanzaba a una velocidad moderada por las calles.

—¿Dónde quiere que le deje? —preguntó Sheyla.

—¿No me va a preguntar de qué me ha hablado Donald?

—Ya no es importante.

El reloj fosforescente del coche señalaba las diez y treinta y cinco, Donald Britt debía haber respirado ya el gas letal.

—Me dijo que era inocente.

—Perdió el tiempo. Si hubiera consultado conmigo Je habría dicho que no hacía falta que le molestase a usted.

—Ahora le creo.

La joven continuó manejando el volante sin mirar a Burk.

—Pare junto al bar.

Sheyla detuvo el coche y se volvió hacia su viajero.

—¿Qué va a hacer?

—Continuaré investigando.

—¿Qué va a ganar con eso? Donald está muerto.

—Hay un asesino que cree haber hecho una buena jugada. Quiero demostrarle que se equivoca. —Burk abrió la portezuela y saltó fuera—. ¿Dónde va a trabajar ahora que se ha quedado sin empleo?

—Con Sam Clarke.

—¿Ya la contrató?

—Sí. Empiezo mañana.

—Buenas noches, señorita Mac Comby. Le deseo mucha suerte.

Burk cerró la portezuela e inmediatamente Sheyla puso en marcha el coche alejándose de aquel lugar.

Burk bebió un *whisky* en el mostrador del bar y luego fue a la

cabina telefónica. Buscó un número en la guía y lo marcó.

Después de tres zumbidos descolgaron al otro extremo de la línea.

—Quisiera hablar con el señor Clarke, Sam Clarke.

—El no está —era una voz femenina.

—¿Es usted Luana Clarke?

—Sí. ¿Quién llama?

—Un amigo de Donald Britt.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

De pronto se interrumpió la comunicación.

Burk volvió a marcar el número. Sonó la señal hasta cinco veces pero ahora no descolgaron.

Burk abandonó la cabina y, veinte minutos más tarde, un taxi le dejaba muy cerca de la casa de Clarke.

La vio a oscuras pero abrió la cancela del jardín, subió al porche y pulsó el timbre de la puerta.

Oyó unos pasos que avanzaban hacia la misma.

—¿Quién es?

—Soy Burk Campbell, señora Clarke, el hombre que la llamó por teléfono.

—Márchese.

—Necesito hablar con usted.

—Márchese, por favor…

—No me puedo ir sin haber hablado con usted. Es urgente.

—¿Han indultado a Donald?

—No, señora Clarke. No lo han indultado. Ya debe estar muerto. Luana soltó un gemido.

—Abra, señora Clarke.

—Váyase… Váyase, No quiero hablar con nadie.

—Oiga, es urgente que me reciba… Donald Britt era inocente.

—¿Qué dice?

—Ya la oído. Era inocente. Abra.

Transcurrió otro minuto y al fin quitaron la cadena.

Una mujer se retiró hacia adentro volviéndose de espaldas.

—No encienda la luz, me molesta a los ojos. El «*living*» está a la derecha. Entraron en el «*living*». Por las ventanas se filtraba la luz de la luna.

—Luana, he estado hablando con Donald.

—¿Cuándo?

—Aún no hace media hora. Él me mandó llamar para decirme que no asesinó a su mujer.

La señora Clarke se dejó caer en un sillón, de espaldas a Burk, y cuando él echó a andar, gritó:

—¡No se mueva de ahí!

—¿Quién cree que mató a Carolyn, Luana?

—Siempre creí que fue Donald.

—Miente.

—Le juro que es cierto.

Burk se acercó a la pared y dio vuelta al conmutador.

La mujer lanzó un grito y se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué hace, maldito? ¡Apague la luz! Pero Burk echó a andar hacia ella.

—¡No se acerque! ¡No quiero que se acerque, señor Campbell!

Burk llegó ante ella, la tomó por las muñecas y apartó las manos de la cara. La señora Clarke lanzó un grito.

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

Su ojo derecho estaba ennegrecido, tenía hematomas en las mejillas, y sus labios estaban hinchados.

—¿Quién le hizo eso, señora Clarke?

—¡No se lo diré…! Déjeme en paz. ¡Déjeme! ¡Márchese de aquí…! ¡Quiero morirme!

¡Quiero morirme!

—Fue su esposo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué la pegó?

—Había prometido que no se opondría a la separación pero luego empezó a dar largas al asunto desde que detuvieron a Donald. Esta tarde se lo recordé de nuevo. Le dije que quería separarme de él y entonces empezó a pegarme. Cuando se hubo cansado, me dijo que antes de concederme la separación sería capaz de matarme.

—Quizá mató antes.

La joven alzó la cabeza.

—¿Quiere decir que Sam mató a Carolyn?

—Suponga que Sam estaba al corriente de las relaciones entre usted y Donald.

—Pero ¿cómo lo pudo hacer?

Sacando un molde en cera de la cerradura correspondiente a la parte trasera de la casa de Donald. Una vez con la llave en su poder, esperó el momento oportuno. Se le presentó el día en que usted hizo la llamada telefónica a Donald pidiendo verlo con urgencia. ¿Desde dónde la hizo?

—Desde aquí, pero Sam estaba en la oficina.

—¿Cómo sabe que estaba en la oficina?

—Se marchó una hora antes.

—Él tiene llave de la casa, ¿verdad?

—Dios mío, sí…

—Pudo entrar silenciosamente y escuchar su conversación telefónica con Donald. De esa forma se informó del lugar y la hora de su cita con Britt. Fue a la casa de, Donald, entró por la puerta trasera y sustituyó la botella de leche que había en el frigorífico. Naturalmente, para ello, alguien debió informarle de las costumbres de la enferma.

—Me parece que se equivoca.

—¿Por qué?

—¿No conoce a Sam?

—No.

—Es un hombre zafio, grosero, sin una pizca de inteligencia. Sólo ha llegado a triunfar gracias a su tenacidad. Todo eso que usted cuenta del asesino señala una persona sagaz, astuta, capaz de pensar los menores detalles… No, Sam no es así.

—Existe otra capacidad, la capacidad de odiar… Es ella la que convierte a la persona más normal en una fiera con instintos sanguinarios. El odio puede transformar una persona zafia y grosera en otra con un cerebro sutil capaz de matar a cualquiera.

Luana se enjugó las lágrimas con el pañuelo.

—No puedo ayudarle, señor Campbell.

—Le voy a dar una tarjeta con un par de direcciones de teléfono.

—¿Para qué?

—Quizá recuerde algo.

—No, señor Campbell. No recordaré nada.

—Le tiene miedo a Sam, ¿verdad?

—Empiezo a tenérselo ahora…, desde que ha llegado usted. Hasta hoy siempre pensé que Sam ignoraba que yo quisiese

separarme de él para casarme con Donald.

—¿No tiene usted familia?

—Sólo una hermana en Chicago.

—¿Por qué no se marcha con ella?

—Sam no me dejará marchar.

—Puede escapar, y estoy dispuesto a prestarle ayuda.

—¿Haría eso por mí?

—Póngame a prueba y lo sabrá.

—Muy bien, señor Campbell, en tal caso creo que voy a aceptar su favor, pero no quiero marcharme con la cara como la tengo ahora. ¿Estará usted dispuesto dentro de dos o tres días?

—Cuando usted quiera, señora Clarke.

Burk sacó una tarjeta suya en la que sólo figuraba su nombre y apuntó el teléfono de los dos garitos que más frecuentaba.

Luana le acompañó hasta el vestíbulo.

—Me ha alegrado mucho que haya venido, señor Campbell. Ahora me siento con más ánimos porque sé que no estoy sola.

—Hasta la vista, señora Clarke. Esperaré su llamada. Si no estoy en ninguno de esos lugares, deje aviso.

—Así lo haré.

Burk estrechó la mano de la señora Clarke y salió de la casa.

Antes de llegar al restaurante de Jimper oyó la voz de un vendedor de diarios: «Donald Britt murió en la cámara de gas».

Se introdujo en una partida de «póker» y por primera vez en dos años no prestó atención a los naipes.

El rubio Rick entró en el reservado y se sentó, a su lado.

—Pasé por el apartamiento de Mirna y me dijo que te diese un recado. A ella le gustaría verte esta noche.

—Quizá sea lo que me hace falta.

—Yo ocuparé tu silla.

Burk se levantó, perdiendo un par de centenares de dólares Ya en la calle, echó a andar hacia la parada de taxis.

—Alto ahí —oyó una voz a su espalda.

Dos hombres avanzaban hacia él. Habían estado escondidos junto a la pared, en la sombra.

—Eh, ¿quiénes son ustedes?

—Policías.

—Demuéstrenlo.

El más alto de los tipos exhibió su credencial. Era el detective Lawrence Harvin. Burk movió la cabeza con asentimiento y se dirigió al otro.

—¿Y usted?

—Maldito puerco…

—Su credencial —repitió Burk.

—Anda, Marty, enséñasela —dijo Lawrence—. Es muy desconfiado.

—Tahúr del infierno, te voy a romper los dientes —escupió Marty y sacó una pistola del bolsillo—. Aquí tienes mi credencial.

—Muchachos, esto no es una forma de comportarse —dijo Campbell sin perder la serenidad.

Marty lo tomó de un brazo.

—Vamos, tenemos que hablar contigo.

—¿Acerca de qué?

—Ya lo sabrás.

—No me pueden detener.

—¿Quién dice que estás detenido? —intervino Lawrence con una sonrisa—. Sólo deseamos que colabores con nosotros. Preguntas sin importancia.

—¿Cuál será el terna? —inquirió Burk otra vez.

—Estás empeorando tu situación, muchacho.

—Yo te lo diré, tahúr —habló Marty—. Pegaste a una mujer.

—¿A qué mujer?

—A Luana Clarke.

Marty le dio un empujón hacia un coche negro que estaba junto al bordillo de la acera.

Burk se detuvo en el hueco de la portezuela.

—¿Quién ha puesto la denuncia?

—Papá Noel —contestó Lawrence.

Marty hundió el cañón de la pistola en el vientre de Burk y éste se introdujo en el coche. Marty sentóse a su lado jugueteando con el arma y Lawrence ocupó el asiento delantero.

—Tú y yo vamos a hablar —dijo Marty cuando el coche se puso a correr.

—En el «precinto». Y no hablaré nada con ustedes sino con su jefe.

—¿Lo oyes, Law? El muchacho se permite dar órdenes. No

hablará con nosotros sino con nuestro jefe. ¿Conociste alguna vez un bastardo mayor?

Alzó la mano armada y el cañón golpeó el maxilar inferior de Campbell.

El joven lanzó una maldición y arrojóse sobre la pistola, pero Marty lo volvió a golpear por encima de una ceja.

Burk salió despedido contra el respaldo del asiento sintiendo que el dolor le mordía el cerebro.

Lawrence había disminuido la velocidad del coche.

—¿Necesitas ayuda, Marty?

—Me las pinto sólo para los tipos que se creen duros.

—Ten cuidado. Fue un detective privado.

—Conozco su historia Un hijo de perra que metía las narices en donde no debía.

—El capitán O'Sullivan le quitó la licencia hace unos años. Yo estaba entonces dirigiendo el tráfico y tú todavía no habías ingresado. Pero oí hablar mucho de Campbell.

—¿Por qué le quitaron la licencia?

—Se creyó en la obligación de decir que la policía estaba corrompida.

—¿Eso dijo?

—Se había propuesto sanear la ciudad… Miren al héroe. Está casi llorando. Burk estaba tratando de aclarar sus ideas.

—¿Me puedes oír ya, Campbell? —inquirió Marty.

—Sí, le oigo.

—Te vamos a llevar fuera de la ciudad.

—Creí que me llevaban al «precinto».

—Eres un chico con mucha suerte. El señor Clarke no presentó la denuncia oficialmente. Se limitó a hacer una llamada a Lawrence. Es comprensible que haya hecho esto. Te aprovechaste de su ausencia para violar su domicilio y pegar una paliza a su mujer. Trataste de abusar de Luana pero ella se defendió como una fiera. Cobarde del infierno, sólo se te ocurrió golpearla para que ella se doblegase a tus deseos, pero tampoco lograste nada con eso. La señora Clarke se puso a dar gritos y entonces te entró miedo y no tuviste más remedio que tomar las del humo. ¿Lo confiesas, verdad?

Burk no dijo nada.

—¿Lo confiesas, verdad? —repitió Marty. Burle lo miró con los ojos entornados.

—Todo eso es una sucia mentira y ustedes lo saben.

—Eres muy terco, Campbell. Las cosas sucedieron como yo te he dicho, pero no tienes que preocuparte, el señor Clarke no quiere un escándalo. Después de todo, no lograste nada de la señora Clarke. ¿Lo vas comprendiendo…? Si él hubiera hecho una denuncia oficial, todo el mundo hubiese sabido que la señora Clarke había sido objeto de malos tratos por un tipo que entró en su casa con malas intenciones. Los señores Clarke pertenecen a un alto medio social… Sus amistades, sus vecinos, pensarían que había ocurrido lo peor. ¿Lo comprendes, tarugo? El señor Clarke no quiere que se sepa nada y por eso el pobre hombre se conforma con que nosotros te llamemos la atención, te digamos con buenas palabras que eso que has hecho está muy feo, muchacho…

Law habló desde el volante.

—Campbell es un chico reflexivo y se dará cuenta de que los tipos como él necesitan de vez en cuando un escarmiento.

—Sí, muchacho —asintió Marty—. Eso es lo único que queremos, darte un escarmiento. No vamos a matarte. Sólo queremos que reflexiones… ¿Qué pasaría en la sociedad si permitiésemos que los fulanos entrasen en las casas cuando los maridos están fuera…? Somos muchos los casados. Law tiene mujer, yo también la tengo… Hoy se te ha ocurrido dejarte caer por la casa de los Clarke, pero mañana podrías elegir la de Law o la mía. Se me revuelven las tripas sólo de pensar que pudieras poner tu mano sobre mi mujer.

—¿Ha terminado ya, puerco?

Marty sonrió enseñando los dientes.

—Casi. Sólo falta el escarmiento.

—Ustedes son la hez, aunque estén amparados por una credencial. Sólo utilizan su cargo en beneficio propio y tienen el cinismo de pretender que defienden la Ley y la justicia…

—Qué bonito discurso le salió, ¿verdad, Law?

—Sí, mucho. Lástima que no tengamos el magneto. Me habría gustado registrarle en la cinta. El jefe se habría puesto muy contento al saber que existe en esta comunidad un ciudadano con

tan alta opinión de nosotros.

Marty se echó a reír.

—No debes olvidar una cosa, Law. El muchacho está resentido. La policía le quitó su licencia, su medio de chantajear… ¿Has conocido alguna vez a un detective privado que no chantajee?

—Nunca.

—Hicieron un bien a la comunidad cuando retiraron de la circulación a este bastardo, pero para él era su medio de vida… por eso dice las cosas que dice…

Law sacó el coche de la carretera.

Burk vio naranjos a derecha e izquierda. Law detuvo poco a poco el coche.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo.

Marty abrió la portezuela de su lado y saltó sin dar la espalda a Burk. Conservaba la pistola en la mano.

—Salta, muchacho.

Lawrence ya había descendido.

Burk respiró profundamente cuando se encontró fuera del coche. Miró a los dos hombres, uno a la derecha y otro a la izquierda. Law había metido la mano en el bolsillo y la sacó ahora empuñando una bolsa.

—Te diré lo que queremos, Burk Sigue llevando tu vida de topo; continúa dedicado a tu profesión de tahúr; no salgas de tus garitos. ¿Me hago entender, Campbell?

—Sí, perfectamente.

—Magnífico, muchacho; pero me refería a dentro de una semana porque, durante unos cuantos días, no te vas a poder mover de la cama.

Burk se desplazó hacia la derecha pero Marty le interrumpió el camino.

—No, chico. No puedes huir de esa forma. Te meterá una bala en la pierna.

—No se atreverá.

—Claro que me atreveré.

Burk sabía que Marty lo haría, que no vacilaría en enviarle un plomo a los remos inferiores.

—Eh, Law —dijo Marty—. Creo que se equivocar ron con respecto a este tipo. ¿No lo ves…? Blando como un flan. Si le

apretamos un poco más las clavijas se nos pondrá de rodillas y se echará a llorar.

—No lo habría creído si no me hubiesen jurado… Los dos echaron a andar a un tiempo hacia Burk.

Éste saltó sobre Marty y le paró el golpe que le dirigía con la pistola incrustándole el puño izquierdo en el estómago.

Pero algo entró en colisión contra su oreja izquierda. Sintió el chasquido de los cartílagos y salió despedido al suelo.

Marty estaba acuclillado soltando maldiciones.

Burk logró levantarse cuando Law se le echaba encima con la bolsa de plomo. Burló el golpe y le atizó un zurdazo en la boca.

Law dio dos vueltas vertiginosas y se estrelló contra la proa del coche.

Marty se abalanzó sobre Campbell y logró golpearle en el codo con la pistola.

Burk sintió un terrible dolor y todo aquel brazo le quedó inútil. Trató de levantarlo para librarse del ataque de Marty pero éste le ganó en rapidez alcanzándole en la mejilla.

El golpe resultó pésimo para Burk porque fue a parar muy cerca de Lawrence, quien alzó como una exhalación la mano que empuñaba la bolsa de plomo y lo cazó en el mentón.

Se desplomó en el suelo, a punto de perder el sentido. Le golpearon cuatro o cinco veces más.

—Bueno, ya tiene bastante —dijo Marty.

—Apuesto a que estoy más cansado que él.

—Sí, muchacho. Es duro. Palabra que lo es.

—Vámonos. Quiero refrescar.

Poco después Burk oyó el zumbido del coche que se alejaba y quedó solo, envuelto en la oscuridad Pero continuaba sin poder moverse. Tenía la impresión de que todo su cuerpo era una llaga viva. Recordaba haber recibido otras palizas, pero ya hacía mucho tiempo de eso. En tres ocasiones se había tenido que enfrentar con pandillas de «gangsters» y no había diferencia entre los métodos que utilizaban aquellos dos policías deshonestos y los pistoleros.

Pero tipos como Marty y como Law eran mucho más peligrosos porque la sociedad les había confiado una misión que ellos bastardeaban. No; no todos eran iguales, había muchos policías honrados, hombres que cumplían con su deber, pero en una ciudad

populosa, donde era necesaria una numerosa fuerza del orden, era fácil que entre el rebaño hubiese unas cuantas ovejas negras.

Infiernos, ¿por qué pensaba en eso ahora…? Se contestó a sí mismo diciendo que quizá fuese porque él confiaba en la ley y en los hombres que la servían.

Logró ponerse en pie y echó a andar hacia la carretera.

Tardó mucho tiempo en llegar y sólo había recorrido unas cien yardas. Levantó los brazos al paso de un par de coches pero ninguno se detuvo.

Inició el camino de regreso a la ciudad y, cuando llevaba ya veinte minutos andando, otro coche llegó a sus espaldas.

Ni siquiera se volvió pero de pronto oyó el chirrido de los neumáticos.

—Eh, ¿quiere que lo lleve?

Era un hombre que usaba lentes.

—Gracias —dijo y se coló dentro.

El desconocido dio un respingo al verle la cara.

—Dios mío, ¿qué le ha ocurrido?

—Sufrí un accidente.

—Su automóvil, ¿eh?

—Sí, dio dos vueltas de campana. Las ruedas patinaron.

—¿Quiere que lo lleve al hospital?

—No hace falta. Me encuentro bien. Sólo son heridas superficiales.

El tipo contó el accidente que había sufrido una vez yendo a Virginia. Fue un descanso para Burk porque ya no hizo más preguntas.

Al llegar a la ciudad, Campbell se despidió del fulano dándole las gracias. Cuando Mima le abrió la puerta soltó un gritito.

—No te asustes, nena. Sólo fue una pelea.

—No me digas que ganaste tú.

Burk fue al cuarto de baño y se miró en el espejo. Tenía unas cuantas grietas, en la mejilla, encima de una ceja y en el cuello, y también sufría otros desperfectos de menor cuantía, un hinchazón en el pómulo derecho y el labio inferior partido.

—Siéntate ahí —dijo Mirna.

Burk obedeció y a partir de ese momento la rubia se dedicó a curarle las heridas.

—Dijiste que no ibas a trabajar para esa mujer, Burk.
—Cambié de idea.
—Y mira lo que te ha costado. Eso es lo que debes agradecerle.
—Cuidado, nena, vas a faltar a nuestro pacto. Nada de celos.
—¿Quién tiene celos? Me estoy preocupando por ti. ¿Qué pasa si te matan?
—No se habrá perdido gran cosa.
—Anda, envía esa frase a Washington. Quizá la acuñen en una moneda y en el reverso pongan tu cara… con todos los hinchazones.
—Tengo hambre.
—Eso es lo único que vienes a buscar aquí, comida.
—Y *whisky* —dijo Campbell escanciándose en un vaso.
—Me pregunto cómo tendría la cabeza aquel día en que te traje aquí.
—Yo te diré lo que pasó para que no vuelvas a hacerte preguntas. Tú me gustaste y yo te gusté a ti. ¿Ves qué sencillo? —La palmeó en la cadera—. Y ahora vete a la cocina a prepararme algo.
Fueron juntos al «*living*» y la joven se marchó a la cocina. Burk se sentó en un sillón y atrajo hacia sí el teléfono.
Después de marcar un número oyó una voz masculina:
—¿Quién llama?
—Burk Campbell. Quiero hablar con Sheyla Mac Comby, Esperó unos momentos.
—Hola, señor Campbell —dijo Sheyla.
—Siento haber interrumpido sus amoríos.
—No tengo amoríos, señor Campbell. Era el prometido de la amiga con la que comparto el piso.
—Me lo explico.
—¿Qué es lo que se explica?
—Con ese genio es difícil que se le acerque a usted un hombre.
—Por fortuna lo tengo a usted lejos.
—¿Acabamos el concurso de ingenio? Tengo importantes cosas que decirle.
—Le escucho, señor Campbell.
A continuación Burk le contó su visita a Luana y lo que le había ocurrido más tarde con aquellos dos hombres que le estuvieron esperando a la salida del restaurante de Jimper.
—Lo siento, señor Campbell.

—Yo no. Estas cosas es necesario que ocurran cuando uno está envuelto en la oscuridad.

—¿Qué es lo que piensa con respecto a Sam Clarke?

—Todavía no puedo opinar. Pero hay una cosa evidente. Tenía sometida a vigilancia a su mujer. Es por lo que él supo que yo estuve en su casa. Si esa vigilancia existe ahora, debo pensar que también existió hace unos meses, cuando ocurrieron los hechos que usted conoce.

—Renunciaré a mi puesto en la, oficina de Clarke.

—No. No haga eso. Debe recordar algo importante. El sabe que usted era una empleada de Donald Britt. Tengo la impresión de que Sam Clarke teme que usted sepa en qué consistía la sociedad de Britt. Naturalmente, querrá sonsacarla.

—¿Y qué le digo?

—Usted no sabía nada, pero no le responda de una forma definitiva. ¿Sabrá representar el papel de la persona que contesta con evasivas? Sería su mejor posición, ya que de ese modo Sam Clarke continuaría dudando. Naturalmente, eso podría ser peligroso para usted; así es que no tiene ninguna obligación de trabajar con él.

—Señor Campbell, yo le metí a usted en este lío… ¿Cree que iba a dejarle ahora en la estacada?

—Me da muchos ánimos.

—No vuelva a los sarcasmos, por favor.

—Está bien, Sheyla, yo me pondré en contacto con usted. Buena suerte. Burk colgó y al alzar los ojos vio a Mirna en el hueco de la cocina.

—Dick dijo que esa Sheyla es muy mona.

—No está mal.

—Te gusta.

—¿Quién lo ha dicho?

—Basta oírte hablar.

—Nena, tengo un fuerte dolor de cabeza, ¿quieres aumentarlo o que se aplaque?

—Las mujeres a la cocina —dijo Mirna y desapareció.

CAPÍTULO VI

Burk Campbell estaba durmiendo cuando fue despertado por unas manos que lo zarandeaban.

—Eh, Burk, te llaman por teléfono.

—¿Quién, Mirna? —Cuando fue a restregarse los ojos se detuvo porque sintió punzada en el que tenía hinchado.

—Una tal señora Brown.

Burk se puso los pantalones y salió al «*living*» con los pies descalzos y el torso desnudo.

—Un cigarrillo —pidió a Mirna y tomó el auricular—. Buenos días, señora Brown. ¿Cómo dio conmigo?

—Un amigo suyo, Dick, me dio ese número de teléfono. Era importante que hablase con usted.

—¿Qué tiene que decirme, señora Brown?

—Es respecto a Adriana, Ella mintió.

—¿Cuál es la mentira de Adriana?

—La tarde en que murió Carolyn no estuvo en Bedford.

—¿Dónde estaba?

—Aquí, en la ciudad.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho la propia Adriana?

—No. Ha sido Betty, ya sabe, mi sirvienta.

—¿Se vieron Adriana y Betty esa tarde?

—No. Betty vio a Adriana a lo lejos.

—Pudo equivocarse.

—Betty está segura que era ella.

—¿Con quién iba Adriana?

—Sola.

—¿Dónde la vio?

—En la calle Paradise. Adriana pasó por la acera junte al cine

«Odeón». Betty estaba al otro lado y trató de cruzar para hablar con ella pero las luces estaban rojas. Cuando cambiaron y pasó al otro lado, Adriana ya había desaparecido.

—¿Por qué a Betty se le ha ocurrido decirlo ahora?

—Le conté a Betty que usted había estado en casa preguntándome acerca de la muerte de Carolyn Britt y ella me lo dijo.

—Imagino que Betty le diría a Adriana que la había visto.

—Sí, pero Adriana le contestó que estaba equivocada, que debía ser una mujer que se le parece. Betty no quiso insistir, pero dice que está segura que era Adriana porque llevaba un vestido que justamente había estrenado dos semanas antes.

—¿Eso es todo, señora Brown?

—¿Por qué Adriana tuvo interés en mantener en secreto que ella estuvo en la ciudad esa tarde?

—Trataré de averiguarlo, señora Brown. ¿Tiene algo más que agregar?

—No, señor Campbell. Eso es todo. ¿Me tendrá al corriente?

—Desde luego, señora Brown.

Campbell colgó y Mima le puso el humeante cigarrillos en los labios.

—Parece que no hay forma de hacerte salir de ese círculo, Burk.

—No, creo que no.

—¿Hasta cuándo?

Burk se encogió de hombros.

—Tengo que marcharme, nena, y antes me gustar ría comer. Estoy oliendo a café hace rato y creo que te salió bien.

—¿Hay algo que a mí me salga mal?

Burk sonrió y se metió en el dormitorio. Tomó una ducha y cuando salió, Mirna tenía preparada la bandeja.

—Iré contigo —dijo Mirna.

—No.

—Tengo el coche abajo.

—Te lo acepto en préstamo.

—¿Por qué no has de dejar que te ayude?

Burk había despachado las tostadas y el café. Se puso en pie y le pellizcó la barbilla.

—Te aprecio demasiado para poner en juego tu linda piel. Hasta

luego, nena. Campbell hizo la carrera hasta Bedford a una velocidad moderada.

Detuvo el coche ante un agente de tráfico y le preguntó dónde estaba el garaje de Peter Winkle. El agente le dio las instrucciones precisas.

Llevó el coche ante el surtidor de gasolina del garaje, donde fue atendido por un muchacho de cabello rubio. Burk pidió le llenase el depósito.

—¿Está Peter por ahí? —preguntó.

—¿Se refiere al patrón?

—Desde luego.

—Tuvo que marcharse para atender un negocio. No tardará en volver.

—Bueno, yo también tengo que hacer y me vendrá mejor verlo en su casa. ¿Cuál es la dirección?

—Calle de Balboa, ciento veinticuatro.

Burk pagó el importe del combustible y agregó un dólar de propina.

El número ciento veinticuatro de la calle de Balboa era una casa pintada de azul rodeada de un jardín espacioso. A un costado de la casa, una pandilla de muchachos se entrenaban al «béisbol». Uno de los chicos bateó la pelota e hizo una carrera entre los gritos y chillidos de sus compañeros.

Campbell abrió la cancela del jardín y fue al porche, pulsando el timbre. Al cabo de un rato se abrió la puerta y apareció Adriana Winkle.

—Usted… —dijo con tono sorprendido.

—¿Cómo está, Adriana?

—Muy bien. ¿Qué le trae por aquí?

—Hablar con usted.

La joven se mordió el labio inferior.

—El caso es que no tengo mucho tiempo que dedicarle. Justamente me disponía a salir —vestía un «suéter» negro y falda gris.

Introdujo a Burk en un «*living*» con sillones forrados de cretona.

Ella se sentó, cruzando las piernas. La falda le quedó una pulgada más arriba de la rodilla.

—El señor Britt le dio a usted la tarde libre el día en que su

mujer murió. ¿No es así, Adriana?

—Sí.

—¿Adónde fue?

—Vine a Bedford.

—¿Y qué hizo después?

—Nada.

—¿No se movió de esta casa?

—Hasta el día siguiente. A las ocho de la mañana tenía que estar en casa de los Britt.

Llegué puntual y me encontré con el drama.

Burk sacudió la cabeza.

—¿A quién teme?

—¿Eh?

—Usted teme a alguien, Adriana.

—¿Qué se lo hace suponer?

—No estuvo toda la tarde en Bedford, ni siquiera tengo seguridad de que viniese aquí después que salió de casa de los Britt.

Los ojos de Adriana brillaron con más fuerza.

—¿Qué es lo que intenta, señor Campbell?

—Esclarecer la verdad con respecto a la muerte de Carolyn Britt.

—No tengo nada que ver con eso.

—Deje que sea yo quien saque las conclusiones.

—Esa tarde no me moví de aquí una vez llegué procedente de casa de los Britt.

—No la creo.

—No me importa que me crea usted o no. No tengo que darle explicaciones.

—El señor Britt le concedió la tarde libre pero usted se quedó en la ciudad.

Se oyó la puerta y en el hueco apareció un hombre de unos veintiséis años, moreno, de cabello negro cortado a cepillo.

Se cubría con una camisa a cuadros roja y pantalón azul.

—¿Quién es, Adriana?

—No te preocupes, Peter, el señor Campbell ya se iba.

—Pregunto quién es.

—Puedo contestarle yo mismo. Soy Burk Campbell.

—¿A qué vino?

—A hacer unas preguntas a su hermana.

—¿Es de la policía?

—No.

—Entonces ya acabó. Lárguese.

—Preferiría marcharme cuando su hermana me haya contestado a una pregunta. Se la haré a usted por si sabe la respuesta. Asesinaron a Carolyn Britt, la mujer que había dado cobijo a Adriana.

—La mató su esposo y a él lo metieron en la cámara de gas la pasada noche.

—Donald Britt no mató a su mujer.

Peter Winkle torció la boca en una sonrisa.

—Ya comprendo, es lo de siempre, tratan de inocentar a un condenado —caminó hacia la ventana y allí se detuvo mirando al jardín—. ¿Cuál es la pregunta?

—Adriana asegura que aquella tarde vino aquí y no volvió a salir. ¿Es cierto?

—Claro que es cierto.

—La vieron en la ciudad. Winkle se volvió bruscamente.

—No nos moleste, señor Campbell. Alguien le ha podido decir que vio a mi hermana en la ciudad, pero es su palabra contra la nuestra. Ella y yo afirmamos que estuvo aquí.

—No me convence.

—Me importa un rábano que le convenza o no. Ahora, márchese.

—¿Por qué no admiten que ella no estuvo aquí o que al menos se quedó un buen rato en la ciudad?

—No tengo más que decirle, señor Campbell. Salga. Burk se puso en pie.

—Está bien, Peter.

—Debió ahorrarse la visita.

—Se equivoca. He sacado una buena conclusión. Antes tenía una duda. Ahora ya estoy seguro de que Adriana mintió.

—¡Fuera!

Burk se dirigió hacia la puerta.

—Nos volveremos a ver.

—No le conviene, Campbell —dijo Peter.

Burk dejó atrás el jardín y se dirigió hacia su coche. De pronto se detuvo al ver que el vehículo era rodeado por los muchachos que

habían estado jugando al «béisbol». Uno de ellos estaba en el guardabarros delantero y el otro se sentaba al volante y le daba vueltas Vestían camisas de dibujos, pantalones de vaquero. El más atlético del grupo sostenía el palo de batear.

Burk contó hasta diez muchachos y todos eran fuertes y musculosos.

—¿Me permiten, muchachos? —dijo al chico que estaba en la portezuela cerrándole el paso, pero el aludido no se movió.

Burk miró a su alrededor.

—¿Ocurre algo?

Todos miraron a su jefe, al que sostenía el palo. Era un joven bien parecido, de unos veinte años, tan alto como Campbell.

—No me gusta que molesten a mi novia.

—Eso está bien.

—Mi novia es Adriana.

—Comprendo. A mí tampoco me gusta que molesten a mi chica. Me enfado mucho cuando lo hacen. Pero puedes estar tranquilo, no la molesté.

—Eh. Willy —intervino un muchacho—. Ya lo tienes en el bolsillo.

—¿No tienes ganas de pelea? —dijo Willy.

—Soy un hombre muy pacífico.

—Las pierde todas, ¿verdad? Le pusieron la cara como un mapa.

—Fueron dos contra uno. Pero aquí sois más.

—¿Cree que necesito ayuda para pegarle una paliza?

—No, no, Willy, no quise decir eso. Volveremos a hablar otro día, ¿eh? Hoy tengo prisa.

Hasta la vista.

Burk se sentía irritado porque aquellos mocosos le estaban haciendo perder el tiempo.

Tomó al jovenzuelo que estaba en la portezuela y dio un tirón de él.

—No toque a Bob —oyó a su espalda la voz de Willy. Burk respiró profundamente.

—Oye, Willy, he de marcharme.

—He pensado dar un paseo en su coche con Adriana. Vuelva dentro de cuatro o cinco horas y encontrará aquí el cacharro. Entonces podrá marcharse; a menos que prefiera enviar a alguien

por él.

—No, Willy. El coche lo necesito yo y me marchare en él.

—Está decidido. Lo utilizaré yo durante las próximas cuatro horas.

Burk miró hacia la casa de Adriana y vio a Peter Winkle apoyado en el porche.

—Creo que ahora lo entiendo, Willy. Peter te hizo una señal desde la ventana.

—No hay nada que decir.

Burk se volvió con el puño cerrado hacia Bob.

—¡Fuera!

Bob se apartó rápidamente.

Fue a entrar en el coche pero vio la figura de Willy reflejada en el cristal. Había levantado el palo de catear y se arrojaba sobre él para golpearle en la espalda.

Saltó a un lado agachándose y el palo se estrelló en el estribo. Aprovechó la posición para darle impulso a su brazo derecho.

El puño se estrelló contra el pecho de Willy enviándolo sobre la verja del jardín.

Burk esperó que los otros muchachos se abalanzasen sobre él pero todos se estuvieron quietos. Sus palabras habían servido para que Willy se viese en la necesidad de plantear la lucha mano a mano.

Willy no había recibido gran daño y miró con ira a los miembros de su pandilla. Su primer impulso fue gritarles pero se dio cuenta de que ahora estaba en juego su autoridad. Echóse a reír imprimiendo un vaivén al palo de batear.

—¿Sabe lo que voy a hacer, míster…? Voy a jugar con su cabeza al «béisbol». Eso es lo que voy a hacer. Batear la cabeza.

—Quizá me guste el juego.

Willy apretó los maxilares en un gesto de furia Burk no se movió una pulgada. Esperó a pie firme.

Willy le había cobrado una gran ventaja porque manejaba un buen garrote y el muchacho era muy fuerte. Con un solo golpe sería capaz de partirle la clavícula, una pierna o unas cuantas costillas.

Vio por el rabillo del ojo que Peter continuaba en el porche, atento a lo que ocurría en la calle.

Willy alzó el brazo armado pero luego lo bajó hasta dejarlo

horizontal. Estaba adoptando la posición justa del bateador que va a recibir la pelota.

Burk calculó la trayectoria del palo. Suponiendo que no cambiase de dirección, recibiría el golpe en un costado.

Se había producido una ola de expectación entre los testigos de aquella lucha.

Willy pegó con el garrote, pero cometió un error al alzar el palo buscando la cabeza de Campbell.

El ex detective estaba bien de reflejos. Pudo agacharse perfectamente y el palo zumbó sobre su cabello.

Al no encontrar un blanco en su camino, Willy inició una vuelta vertiginosa.

Burk saltó sobre él pasándole los brazos por las axilas e interrumpió el giro completo de Willy dejándose caer sobre su espalda.

Willy hincó las rodillas en tierra, tratando de librarse de la presa pero Burk había entrelazado sus dedos sobre el cuello del muchacho y apretó hacia abajo.

Willy lanzó un gemido y se desplomó de bruces, con Campbell encima.

—¡Malditos! ¿Qué hacéis? —gritó—. ¡Ayudadme…!

Los muchachos miraron la escena con ojos de perplejidad. Su jefe, su ídolo, estaba vencido.

—¿Qué estáis esperando? ¡Maldita sea…! ¡Me va a partir el cuello! ¡Me lo va a partir!

—Suelta el palo, Willy —ordenó Burk.

—¡No, bastardo! —gritó Willy y movió el palo tratando de cazar a Burk, mas éste hizo una presión fuerte y el garrote se quedó a medio camino.

—¡Suéltalo!

El rostro de Willy estaba contraído por una mueca de dolor.

—¡Cuidado! ¡No siga…!

—Deja ese palo.

Willy abrió la mano incapaz de resistir el dolor.

—Suélteme.

Uno de los muchachos empezó a alejarse y otros le imitaron. Burk soltó a Willy y se puso en pie, retirándose unos pasos. Willy sollozaba tendido de bruces.

Burk fue a entrar en el coche pero antes volvió la cabeza y vio que en el porche ya no había nadie. Puso en marcha el motor e hizo correr el vehículo.

Dobló por la primera calle a la izquierda y le pareció ver a Adriana Winkle al final de Ja misma.

Apretó a fondo el acelerador y vio a la muchacha a la puerta de un Dar. Ella estaba vuelta hacia él y ahora pasó al interior.

Burk estacionó el vehículo en un hueco que había ante el edificio de la Asociación de Agricultores.

El bar tenía compartimientos separados unos de otros por paneles de madera, Adriana se encontraba en el tareero.

—¿Le han visto entrar aquí? —preguntó la joven.

—Ninguno ha quedado con ganas de seguirme.

—Siéntese. No se quede aquí. Burk ocupó la silla junto a Adriana.

Un mozo de nariz chata se dejó ver en el hueco. Adriana pidió un helado de fresa y Burk un *whisky*.

Cuando quedaron a solas, Adriana dijo:

—Llegué a la conclusión de que era mejor decírsele, pero tengo miedo de mi hermano.

—¿De quién tiene miedo él?

—De Sam Clarke.

—Empiece por el principio.

—Es cierto que me quedé en la ciudad aquel día. Tengo un amigo que trabaja en una casa de seguros. Nos habíamos conocido unas semanas antes y me gustaba. Decidí llamarle por teléfono. Estuvimos un rato juntos en un café. Él se llama Jimmy Nolan. Estando en aquel bar, Jimmy se encontró con un cliente. Habló un rato con él y luego se acercó a mi mesa diciéndome que no tenía más remedio que dejarme. Nos despedimos y yo pensé que podía llegarme a casa de los señores Britt por si me necesitaban para alguna cosa. Estaba muy agradecida a Carolyn y procuraba ayudarla en todo lo posible… Estaba llegando a casa cuando vi un coche estacionado muy cerca. Dentro había un hombre a quien conocía. Era Sam Clarke. El también me vio a mí. Le hice un saludo y pasé de largo pero él bajó del coche y llamó. Me dijo que no entrase en la casa, que todo iba bien allí dentro y me dio cincuenta dólares para que me marchara. Mi primer impulso fue rechazar los

cincuenta dólares porque lo que yo quería era ir a casa, pero él me miró de una forma que me dio miedo. Lo cierto es que me fui.

—¿A qué hora se encontró con Sam Clarke?

—Aproximadamente serían las siete y media.

—¿Está segura?

—Si. Tomé el autobús que sale de la ciudad a las ocho en punto y desde la casa de los Britt hasta la estación, andando a buen paso, invierto unos veinte o veinticinco minutos.

—¿Estaba su hermano en casa cuando usted llegó?

—No. Vino más tarde, hacia las nueve.

—¿Le dijo usted algo en aquel momento?

—No.

—¿Cuándo apareció Sam Clarke por aquí? La joven agrandó los ojos.

—¿Cómo sabe que vino a mi casa?

En aquel momento apareció el mozo trayendo el helado de fresa y el *whisky*. Burk bebió un trago y respondió cuando el empleado hubo salido:

—He imaginado que Sam Clarke tendría mucha necesidad de verla a usted después de la muerte de la señora Britt.

—Estábamos ya acostados. Peter abrió la puerta. Estuvieron hablando un rato y luego Peter se vino a mi habitación. Me dijo que el señor Clarke estaba abajo y que debía comportarme correctamente. Le pregunté qué quería decir eso y entonces Peter me anunció que la señora Britt había muerto de un ataque al corazón y que Sam Clarke no quería de ninguna forma que Donald Britt supiese que él había estado cerca de su casa a la hora en que lo vi. Quedé aturdida, como si me hubiesen golpeado en la cabeza. No podía creer que la señora Britt hubiese muerto, pero el señor Clarke me lo repitió en el «*living*». Me dijo que no tenía ninguna importancia que él estuviese allí en la calle. Había tenido intención de ver al señor Britt, pero luego se había arrepentido. No me gustaron nada sus explicaciones. El señor Clarke desvió la conversación hablando de un coche que le había comprado a mi hermano. Sacó quinientos dólares y se los dio a cuenta, Peter lo acompañó hasta el porche y, cuando el señor Clarke se hubo marchado, habló conmigo. Me dijo que tuviese cuidado con mantener la boca cerrada. Al día siguiente, cuando fuese a casa del

señor Britt, yo debía dar la impresión de que me enteraba por primera vez de que la señora Britt había muerto. Me pasé toda la noche llorando, pero cumplí lo que ellos me habían ordenado. Cuando me presenté por la mañana en casa de los Britt demostré sorpresa. Luego el señor Britt me habló de que su mujer había muerto de un ataque al corazón. Eso me tranquilizó de momento.

La joven hizo una pausa. El helado se le estaba derritiendo en la copa.

—Cuando detuvieron a Donald Britt, acusándolo de haber dado muerte a su esposa, creí morirme de espante. Entonces empecé a ver claro por qué el señor Clarke me había regalado los cincuenta dólares, por qué se había molestado en ir a mi casa, y también empezó a tener sentido los quinientos dólares que le dio a mi hermano por la supuesta venta de un coche. Hablé con Peter y le dije que me iba a presentar a la policía para contárselo todo. Peter me dijo que si lo hacía me arrancaría la piel. Sam Clarke no tenía nada que ver con la señora Britt. Se había encontrado cerca de la casa casualmente. Agregó que la policía sabía más que yo de eso y que tenían al verdadero culpable, puesto que Donald Britt había matado a su mujer para cobrar la póliza… Habló y habló hasta convencerme… Desde entonces he pasado un infierno. Me he preguntado muchas veces si Donald Britt sería realmente culpable.

—Creo que no.

—Dios mío, entonces soy una cómplice.

—No, Adriana, deseche esa idea. Usted fue obligada a guardar silencio.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No se preocupe. Déjelo de mi cuenta. Será mejor que vuelva a su casa, pero antes tómese el helado.

—No, gracias.

Los dos se pusieron en pie y ella le tendió la mano, que Burk estrechó con afecto.

—Gracias, Adriana, me ha prestado un gran favor. La joven movió la cabeza y salió del reservado.

Burk ocupó otra vez la silla. Apuró el contenido del vaso y dejó correr otros cinco minutos. Entonces salió a la calle, montó en el coche e inició el camino de regreso.

Dejó atrás el pueblo y apretó a fondo el acelerador cuando

encontró ante sí una recta. Dobló una curva y vio enfrente un coche atravesado en la carretera.

Empezó a frenar cuando la aguja del cuentakilómetros marcaba los ciento veinte, pero eso no era bastante para evitar la colisión.

Dobló bruscamente el volante y su coche empezó a colear y la carrocería a emitir chirridos.

Un poco más allá había un barranco y justo se iba derecho hacia él.

Apartó el pie del pedal del freno y maniobró con el volante a un lado y a otro.

Logró apartarse de la sima y finalmente se fue hacia un grupo de árboles. Entonces pisó otra vez el freno y el coche fue deteniéndose poco a poco.

Sintió que la ira le corroía las entrañas.

De repente sonó un estampido, oyó un silbido de bala y luego el chasquido del cristal que se rompía.

Agachóse y en esa posición se produjeron otros dos estampidos. Estaba cazado.

CAPÍTULO VII

Se desplazó hacia la portezuela del otro lado.

Ya habían dejado de disparar pero eso no quería decir que los asesinos se hubiesen marchado. Estarían allí esperando a que él saliese del coche, o mejor aún, uno de ellos se habría puesto en movimiento. Se acercaría al hueco de la portezuela y haría su disparo a boca de jarro.

Oyó ruido de pisadas. Quienquiera que fuese, se acercaba hacia la portezuela tras la que se hallaba.

Puso la mano en el tirador. El hombre ya estaba llegando. Abrió la puerta de golpe haciéndola chocar contra el pistolero.

Escuchó una maldición y mientras él caía al suelo vio al tipo derrumbado con la pistola en la mano.

Rodó vertiginosamente y atrapó la muñeca armada. Sólo tuvo que hacer una torsión para que el fulano soltase el arma.

De pronto sonaron otros dos disparos. Una de las balas picoteó en tierra pero la otra alcanzó al tipo que Burk acababa de desarmar, el cual lanzó un aullido de dolor.

Burk atrapó la pistola y rodó hacia el coche.

Una jauría de balas lo persiguió pero logró llegar sano y salvo tras el vehículo. Ahora tenía un arma.

Sonó otro estampido más y el hombre que estaba tendido en el suelo lanzó un grito de horror y quedó quieto.

Aquellos bastardos habían matado a su propio compañero para que nadie lo pudiese sonsacar.

Podía estar seguro de que habían sido tres los tipos que querían cobrar su piel, por lo tanto quedaban dos. Uno estaba detrás de una roca.

El coche que había visto cruzado en la carretera estaba junto a

un árbol y supuso que lo habían trasladado allí mientras él trataba de no irse al abismo con el suyo.

Echó a correr hacia las piedras y de pronto surgió un hombre para balearlo. Burk disparó dos veces.

En la frente del asesino apareció un agujero.

Saltó a la otra parte antes de que el único superviviente del trío pudiese hacer fuego. Se hizo un gran silencio.

De pronto oyó el ruido del coche. El último miembro de la banda huía.

Se puso en pie y vio el coche que adquiría velocidad con dirección a Bedford.

No podía quedarse allí. Los dos muertos no le iban a decir nada acerca de la persona que les había pagado y si aparecía la policía lo iba a pasar muy mal.

Se introdujo en el «Ford» y lo sacó a la carretera, reemprendiendo el camino de regreso a la ciudad.

Cuando llegó a un bar pidió un *whisky* en el mostrador mientras permanecía pensativo. Finalmente entró en la cabina telefónica y marcó el número de los Clarke.

Oyó el zumbido de la señal hasta ocho veces y luego colgó y volvió a llamar. Al cabo de otros seis zumbidos descolgaron y escuchó la voz débil de la señora Clarke.

—¿Sí?

—Soy Burk Campbell, señora Clarke.

—Por favor, cuelgue.

—¿Qué ocurre?

—Sam se enteró de que usted estuvo aquí y me dijo que si volvía a relacionarme con usted me mataría.

—Señora Clarke, voy a sacarla de esa casa.

—No.

—Es necesario.

—Y yo pienso que es preferible dejemos las cosas como están.

—Escuche, señora Clarke, no puedo ir a la policía y pedirles colaboración para que me ayuden a separarla de su marido. Es Sam quien tiene todos los derechos sobre usted y no yo. Tengo que realizar el trabajo por mi cuenta.

—Pero usted se va a arriesgar.

—No me importa. Ya me arriesgué un poco desde que inició este

caso.

—¿Dónde piensa llevarme?

—Conozco cierto lugar donde estará segura. Prepare sus cosas. Antes de una hora estaré ahí.

—Sí, señor Campbell.

Burk apretó la horquilla con la mano y volvió a marear. Una voz melodiosa le anunció que había establecido comunicación con la firma constructora de Sam Clarke. Le dijo a la telefonista que quería hablar con la señorita Mac Comby, la joven que había empezado a trabajar con Sam Clarke aquella misma mañana.

—¿Quién la llama? —preguntó la telefonista.

—Su primo Henry.

Esperó un par de minutos.

—Oiga, ¿quién es usted? —Oyó la voz agria de Sheyla.

—Quiero invitarla a almorzar.

—Oh —dijo ella al reconocer su voz—. Me disponía a hacerlo ahora mismo.

—Estoy muy cerca de ahí. ¿Conoce el bar de Keith? Quedaron en verse allí quince minutos más tarde.

Burk entró en el bar de Keith y tomó posesión de una mesa del fondo. Tras un rato de espera apareció Sheyla. Se dieron la mano.

—¿Dónde está Sam Clarke? —preguntó Burk.

—En su despacho.

—¿A qué hora llegó a la oficina?

—Alrededor de las ocho y media.

—¿A qué hora salió?

—No salió.

Burk frunció el ceño.

—¿Está segura?

—Claro que sí, me han asignado un trabajo en el antedespacho de Clarke. Su secretaria entró varias veces para tomar al dictado unas cartas. Oí algunas veces la voz del señor Clarke.

—Bueno, puede haber otra salida.

—No. El señor Clarke me hizo pasar a su despacho para darme la bienvenida y yo no vi ninguna puerta.

Un mozo se acercó a la mesa y los jóvenes encargaron su almuerzo. Sheyla sacó del bolso un paquete de cigarrillos y los dos encendieron.

—¿Por qué cree que Sam Clarke tenía que haber salido, Burk?

—Ocurrieron cosas un poco lejos de aquí, en Bedford, e imaginé que Sam Clarke estuvo muy activo esta mañana.

Burk le contó lo que había sabido por boca de Adriana Winkle y cómo, en dos ocasiones se había librado, primero de las iras de Willy y su pandilla, y luego de los asesinos que le habían tendido la celada en la carretera.

—Burk, quiero pedirle algo.

—¿El qué?

—Abandone. Burk le sonrió.

—No me decepcione, Sheyla, creí que era usted una mujer voluntariosa.

—Y lo soy, pero se trata de que le pueden matar.

—Llevo una vida muy sedentaria y es conveniente que de vez en cuando estire las piernas.

—¿Por qué no presenta una denuncia contra Sam Clarke?

—¿Quiere que sea el hazmerreír de todo el mundo? ¿Qué puedo decir contra Sam Clarke? ¿Que estaba en la calle cerca de la casa de Britt aquel día? ¿No estaba su esposa dentro? Tenía un motivo justificado para estar allí. ¿Qué más puedo alegar? ¿Que compró el silencio de Adriana? Cuando fuesen a realizar la comprobación, la propia Adriana tendría que hacer marcha atrás y yo la dejaría en una situación muy mala con respecto a su hermano. Lo creo capaz de romperle una costilla. También podría decir que la señora Clarke ha sido Víctima de malos tratos por parte de su marido, pero eso no podría verificarse porque la propia señora Clarke se vería obligada a desmentirlo. No, Sheyla, todo estará en contra. No se puede probar nada.

—Le han golpeado para apartarle del asunto, y luego intentaron matarle.

—Los que me golpearon eran policías y los que hoy intentaron asesinarme pistoleros a sueldo. Tampoco existe una relación entre ellos y Sam Clarke.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

No le quiso decir cuál era su plan. Eso quedaba entre él y la señora Clarke. Era mejor así.

—Lo pensaré —contestó.

—Por favor, Burk, déjelo.

Él puso su mano encima de la de ella y la apretó suavemente.

—Sheyla, llegaré hasta el fin.

—Imagino que no podré convencerle.

—No.

Comieron en silencio y, después de beber una taza de café, Burk pagó la cuenta y se despidieron.

—Cuando usted sepa lo que va a hacer, ¿me lo dirá, Burk?

—Claro que sí, Sheyla.

—Me gustará estar al corriente de todos sus pasos, Burk. Y por favor, cuídese.

—No quiero perderme los buenos ratos que me esperan —la miró profundamente a los ojos y ella le sonrió.

—Buena suerte, Burk.

Esperó a que ella saliese del local para hacerlo él a continuación. Montó en el coche y se dirigió hacia la casa de los Clarke.

Pasó de largo frente al jardín. En el porche no había nadie, pero le pareció que los visillos de una ventana se movían.

Siguió adelante observando los coches estacionados a uno y otro lado. Un hombre discutía con otro en la acera.

Un poco más adelante, otro hombre jugaba con un chiquillo arrojándose mutuamente una pelota de vivos colores.

Una señora opulenta que portaba un gran bolso hablaba con una mujer de unos sesenta años.

Estacionó el coche en un hueco y regresó andando.

Las dos señoras se estaban despidiendo cuando él pasó por su lado.

La pelota había rodado desde la acera a la calzada y el hombre se disponía a atraparla mientras el chiquillo lloraba.

Los dos hombres que discutían lo hacían ahora acaloradamente.

—Se lo aseguro, señor Ready —decía el más alto—. Son demasiados impuestos… Pero si los rebajan el país volverá a ser como era.

Burk abrió la cancela del jardín y cruzó hacia el porche.

No tuvo necesidad de pulsar el timbre. Abrióse la puerta y se coló por el resquicio. La señora Clarke estaba allí respirando entrecortadamente.

—¿Qué le ocurre?, le preguntó Burk.

—Tengo mucho miedo.

—¿Dónde está la maleta?

—Aquí, en el «*living*».

—En la calle hay dos tipos apostados por su marido. Llegarán de un momento a otro.

—¿Cómo sabe que están pagados por mi esposo?

—He reconocido a uno de ellos. Trabaja para *una* agencia de detectives y se dedica a asuntos sucios.

—Impedirán que nos marchemos. Burk sacó la pistola del bolsillo.

—Ahora estoy armado. Métase en el «*living*».

Pero la joven quedó quieta y él la tuvo que empujar hacia la habitación. Campbell quedó a solas en el vestíbulo escuchando a través de la puerta.

Oyó pisadas que se hicieron más claras cuando resonaron en el porche. Sólo uno de los tipos se había decidido a subir y calculó que era el más grandote, el que se quejaba de los impuestos.

Abrió bruscamente la puerta y vio al tipo delante. Había acertado. Era el grandote y tenía la diestra en el bolsillo.

—No saque eso, gorila.

—¿Eh? No le comprendo… ¿Está la señora?

—Sí, está la señora.

—Permítame que me presente… Soy James Dinen, vendedor de máquinas de coser. Represento a la casa Forsyt, la mejor del ramo. Si quiere hacerle un buen regalo a su mujer, cómprese una máquina Forsyte.

—Tú eres Lou Carpenter, trabajas para la agencia de detectives de Breth
O'Hara
y tu especialidad son las investigaciones en el vertedero.

Carpenter enarcó las cejas.

—Creo que se equivoca.

—Anda, entra, muchacho, pero no saques la mano del bolsillo. Se te puede enfriar.

Carpenter entró en la estancia y antes de que pudiese volverse, Burk le atizó un culatazo en la cabeza.

El tipo se desplomó como un fardo.

La señora Clarke lanzó un grito desde el hueco del «*living*».

—No se preocupe —dijo Burk—. No lo he matado —se agachó

sobre Carpenter y lo despojó de la pistola que entregó a la joven—. Quédesela aquí. Voy por el otro.

Sin esperar respuesta, salió de la casa.

Vio al compañero de Carpenter sentado al volante de un coche color gris plomo. El también vio a Burk y alargó el cuello.

Campbell había guardado la pistola pero conservaba su mano en la culata.

—¿Tiene fuego, amigo?

El tipo lo miró con la boca abierta.

—No, no tengo.

—Yo le daré —dijo Burk y sacó el arma introduciéndola por la ventanilla.

—Eh, ¿qué significa esto?

—Significa que me va a obedecer en todo. Y mi orden es ésta: Saldrá del coche y vendrá hasta la casa.

—¿Qué casa?

—No sea estúpido, Ready. Carpenter le estaba hablando de los impuestos. Hay algo más grave que eso: un plomo en las tripas. ¿Prefiere seguir pagando al Departamento del Tesoro o retorcerse con un fuego abrasador en el vientre?

—Usted gana. Tengo familia.

—¡Que enternecedor! —dijo Burk y abrió la portezuela.

El tipo saltó del coche y, cuando Burk guardó la pistola, fue a dispararle el puño a la cara, pero Campbell lo esquivó fácilmente.

—Cuidado, Ready, Mi dedo sigue estando en el disparador. Ready se contuvo y echó a andar hacia la casa de los Clarke.

Carpenter estaba volviendo en sí y la señora Clarke se había retirado unos pasos hacia la escalera que comunicaba con el piso superior.

Burk pegó un puntapié a Carpenter.

—Arriba, chico.

Hizo Volver de espaldas a Ready y le extrajo una pistola de la pistolera que le colgaba del hombro.

—¿Dónde está el cuarto de baño, señora Clarke?

—Arriba.

—Muy bien, muchachos. Subid la escalera. Yo iré detrás y nada de bromas. Carpenter y Ready no intentaron ninguna jugarreta durante el camino.

Una vez en el cuarto de baño, Burk cerró la puerta con llave y lo mismo hizo con la del dormitorio.

Bajó la escalera. Luana ya estaba en el porche con la maleta.

—Hemos de damos prisa, señora Clarke.

Hizo correr el coche todo lo que le permitía el reglamento y en pocos minutos se alejaron de aquel lugar.

La joven dio un suspiro. Se cubría los ojos con gafas negras y se había puesto un buen maquillaje, consiguiendo así disimular los hematomas que le había hecho su esposo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Burk. Luana suspiró hondamente.

—Confieso que es usted un hombre muy expeditivo.

—No hago más que defenderme. Pero hablemos de usted y Sam. Mientras usted estaba aquella tarde con Donald Britt en su casa, su marido espiaba fuera.

—¿Qué? —La joven volvió bruscamente la cabeza.

—Me lo ha contado Adriana Winkle.

—No es posible. Esa mujer le ha mentido.

—Me temo que no.

—Dios mío, entonces él lo sabía…

—No piense en eso ahora, Luana. ¿Se da cuenta de que esa circunstancia coloca en muy mala situación a su marido?

—Comprendo lo que quiere decir. Usted supone que Sam entró en la casa y envenenó a Carolyn.

—Cuando se trata de un crimen, hay que sospechar de todos los personajes que de un modo u otro se relacionan con él. Sam Clarke estaba en la calle, muy cerca de donde se encontraba la enferma. Tuvo posibilidades de cometerlo, especialmente si tenemos en cuenta que él quería vengarse de Donald Britt. ¿Qué mejor forma de hacerlo que matando a la esposa de Donald y cargando la culpa sobre su socio?

La joven se apretó las sienes con la mano.

—Estoy completamente aturdida… A veces creo que soy víctima de una pesadilla… Intento despertar pera no puedo… Suponiendo que las cosas ocurriesen así y Sam es el asesino, ¿cómo lo va a probar?

—Ha puesto el dedo en la llaga. Confieso que va a resultar muy difícil.

—¿Quiere decir que cometió un crimen perfecto?

—No. Yo no creo en los crímenes perfectos.

—Pero usted mismo acaba de decir que no existe ninguna prueba contra Sam.

—Tengo la esperanza de que cometa un fallo decisivo. Ya ha empezado a cometerlos enviándome matones de todos los calibres, con credencial y sin ella.

—¿Qué papel voy a desempeñar yo en su plan?

—Imagino que Sam está al corriente de mi viaje a Bedford. Habrá sumado dos y dos y llegado a la conclusión de que he ido en busca de una confesión de los Winkle. Sabe que estoy en el buen camino. Cuando sea informado de que usted ha venido conmigo, espero que se nuble un poco su cerebro… Naturalmente, si usted quiere puede abandonar el campo.

—Lo resistiré hasta el final.

—Ahora está a tiempo de decidir. Si es su deseo, puedo dejarla en el tren de Chicago.

—Prefiero quedarme. Burk detuvo el coche.

—¿A dónde me lleva? —preguntó Luana.

—Es un hotel de tercera categoría. Conozco al dueño, Don Mallon, un buen amigo.

El hombre que había en la recepción andaba por la cincuentena y era casi calvo, de ojos saltones y nariz ganchuda. Arrugó el entrecejo al ver entrar a Burk acompañado de aquella esbelta y hermosa mujer.

—Está todo lleno, Campbell.

—Menos la veinticuatro —repuso Burk señalando el casillero correspondiente.

—La veinticuatro está siendo gaseada. Orden de la inspección de Sanidad.

—Me quedo con ella a pesar de todo. La señora Jordan le está muy agradecida.

Burk inscribió a Luana con el nombre de Mary Jordan. Luego dejó dos billetes de cinco dólares sobre el tablero y atrapó la llave de la habitación número veinticuatro.

La habitación no conservaba vestigio alguno de haber sido gaseada. Contaba con una cama, un lavabo, un viejo armario y una mesilla de noche sobre la que descansaba el teléfono.

La señora Clarke se sentó en el borde de la cama, mientras Burk atrapaba el auricular.

—Eh, Mallon, quiero línea.

—¿Por qué has traído a esa mujer? Te dije la última vez que no quería saber nada de ti.

—No me decepciones. Le dije a ella que eras un buen amigo.

—¿Yo tu amigo? Cada vez que vienes aquí me pones en dificultades con una u otra persona. ¿Quién es esta vez?

—La mujer de un alto financiero. Dame línea.

—Maldita sea, Burk… Llamaré a la policía.

—Ya estás atrapado, Mallon. Esto es un secuestro y su nombre figura en el registro.

—¿Quieres decir que la inscribiste con su propio nombre?

—Claro que sí, para que colabores.

—Chantajista.

Burk rió por el microteléfono.

—Nos marchamos pronto. Anda, deja que haga una llamada. Mallon le dio la línea lanzando imprecaciones por lo bajo.

Burk marcó el número de Jimper.

Reconoció la voz de Ben Smith, uno de los empleados del restaurante, y se dio a conocer.

—Eh, Campbell, hubo tres llamadas para ti… ¿Cómo consigues meterlas en el bolsillo?

—Mujer, ¿eh?

—¿Qué otra cosa podía ser?

—Dame el mensaje.

—Espera, lo tengo en el bolsillo —sobrevino una pausa—. Adriana Winkle. Dijo que te pusieses en contacto inmediatamente con ella —dio un número de teléfono.

—Gracias, Ben.

—A ver cuando me pasas alguna, muchacho —dijo el empleado y colgó.

Burk marcó el número que Smith le había dado y oyó una voz femenina que no reconoció.

—Quiero hablar con la señorita Winkle. Soy Burk Campbell. En seguida oyó a Adriana.

—Señor Campbell, por fin ha llamado.

—¿Qué ocurre?

—Me vine enseguida que usted se marchó a la ciudad. Una amiga mía iba a hacer el viaje y lo aproveché porque no quería enfrentarme con mi hermano. Se me ocurrió llamar a Betty y ella me ha contado algo que me ha dejado perpleja. Se refiere a la señora Brown.

—¿Qué le ha contado Betty de la señora Brown?

—La Sociedad de Protección a la Juventud se ha beneficiado de la muerte de la señora Britt. La señora Brown consiguió que una compañía de seguros suscribiese una póliza de seguros sobre la vida de la señora Britt. La beneficiaría era la Sociedad.

—De modo que ha surgido otra póliza; pero ¿cómo lo ha sabido Betty?

—Oyó a la señora Brown hablar por teléfono con un hombre. La señora Brown se refirió a que la compañía Brickton estaba dispuesta a pagar a la sociedad que la señora Brown preside… Pensé que era importante y por eso traté de establecer contacto con usted.

—Acertó, Adriana.

—No volveré a Bedford, señor Campbell. Durante el viaje mi amiga me habló de una oficina donde necesitaban una persona en el archivo. Ya ha conseguido el empleo para mí. Haré un curso de secretaria.

—Es una buena idea.

—¡Le he escrito una carta a Peter despidiéndome de él. Le he dicho que me marcho a otro Estado. Espero que así me deje en paz!

—Deme su nueva dirección.

Adriana le dio la dirección de su amiga y el nombre de la firma donde iba a trabajar.

Seguidamente, se despidieron.

—He de marcharme, señora Clarke —dijo Burk después de haber colgado.

—¿Ha ocurrido algo nuevo?

—Carolyn Britt había suscrito otra póliza a favor de la Sociedad Protectora de la Juventud. Quiero saber qué cantidad ha heredado la sociedad y por qué la señora Brown no me lo dijo.

—¿Cuándo vendrá?

—Tan pronto como pueda.

La señora Clarke le acompañó hasta la puerta.

—Ha hecho mucho por mí.

—No tiene importancia —dijo Burk y abandonó la habitación.

CAPÍTULO VIII

Burk empujó la puerta en cuyo panel de vidrio esmerilado se leía: «Brickton Insurance».

La señorita de la recepción estaba a la derecha y era una pelirroja de muy saludable aspecto.

—Quiero hablar con el director gerente.

—¿Está citado?

—No, señorita.

—Entonces tendrá que esperar.

—No puedo. Uno de mis pozos petrolíferos de Texas está ardiendo y mi avión particular me está espesando en el aeropuerto. Sólo dispongo de una hora.

La joven parpadeó unas cuantas veces y sonrió.

—Trataré de hacer lo que pueda por usted, señor…

—Conolly, Walter Conolly.

La rojiza salió de su recinto y Burk pudo admirar sus bonitas piernas mientras se dirigía hacia una puerta del fondo. Al cabo de un rato regresó.

—Señor Conolly, el señor Cooper lo recibirá ahora mismo.

Cooper era un hombre de cuarenta y cinco años, muy elegante y que olía a perfume. Salió al encuentro de su visitante y le estrechó la mano.

—¿En qué puede serle útil, señor Conolly?

—¿Hacen ustedes seguros sobre las propiedades de terrenos petrolíferos que están en venta?

—Nosotros hacemos toda clase de seguros. Le podamos asegurar Incluso contra el riesgo de mal tiempo en la Costa Azul.

—Olga me habló muy bien de ustedes —hizo una pausa y, al ver que Cooper se quedaba con las cejas enarcadas agregó sonriente—:

Se trata de Olga Brown, la presidente de la Sociedad de Protección a la Juventud. Me habló de que iba a cobrar un importante seguro de ustedes.

—Oh, sí, la señora Brown… Justamente nos disponemos a pagarle cien mil dólares.

—Sí, me contó el asunto. Es desagradable eso que le ocurrió a la secretaria de la Asociación, la señora Britt, No comprendo cómo pueden haber hombres con instintos tan criminales, capaces de matar a su propia esposa.

—¿Cuál es la envergadura de su operación, señor Conolly? —Entró en materia Cooper.

Burk se rascó la barbilla.

—Quisiera suscribir una póliza por un par de millones, quizá tres, pero naturalmente, primero he de comprar los terrenos.

Notó como el señor Cooper se atragantaba.

—Magnífico, señor Conolly.

—Esta misma semana les mandaré los planos de los terrenos que pensamos comprar.

Imagino que naturalmente querrán someterlos a sus peritos.

—Es la costumbre en esta clase de pólizas, señor Conolly.

Burk rió con estridencia.

—Es curioso que a veces extremen todas sus precauciones y a pesar de eso se la peguen.

—¿Qué quiere decir, señor Conolly?

—Ahí tiene el caso de la señora Britt. Ella estaba enferma y, sin embargo, ustedes le hicieron la póliza.

—Oh, no, señor Conolly. Según los informes médicos, cuando la póliza fue suscrita hace dos años y medio, la señora Britt se encontraba perfectamente…

Cooper acompañó a Burk hasta la puerta despidiéndole muy efusivamente.

Media hora más tarde, Burk pulsaba el timbre de la casa de la señora Brown. Le abrió una chica de unos veinticinco años, de nariz respingona.

—¿Está la señora Brown?

—Perdone pero se encuentra acostada. Tenía una fuerte jaqueca.

—Dígale que soy Burk Campbell y quizá me reciba.

La joven le hizo pasar a un «*living*» y se retiró. Transcurridos

unos minutos, reapareció.

—La señora Brown le ruega que espere. ¿Quiere beber algo mientras tanto?

—*Whisky*.

La joven preparó un vaso, en el que puso cubitos de hielo.

Acababa de encender un cigarrillo cuando la señora Brown entró en la estancia. Se cubría con una bata azulada y sus labios esbozaban una sonrisa.

—Santo cielo, señor Campbell —exclamó al ver la cara del joven —. ¿Anduvo peleando por ahí?

—Hay que desentumecer los músculos de vez en cuando.

—Ha sido por mi culpa, ¿verdad? Fue a Bedford para verificar lo de Adriana Winkle.

—Sí, fui a Bedford, señora Brown, pero ya llevaba la cara así.

—¿Tenía razón Betty?

—Sí, Adriana estuvo en la ciudad hasta muy tarde aquel día. Se marchó en el autobús de las ocho.

—¿Ha logrado saber por qué mintió?

—Adriana se quedó aquí unas horas para sostener una entrevista con un muchacho que le interesaba, un agente de seguros. Tuve que comprobarlo y fui a la firma con la que trabaja, la Brickton Insurance.

No era cierto pero Burk decidió jugar aquel naipe. Dio resultado, la señora Brown se estremeció visiblemente.

—¿La Brickton?

—Sí, señora Brown. ¿Le extraña?

—Oh, no, ¿por qué me iba a extrañar? Sólo que de pronto he recordado que conocí a alguien en la Brickton.

—¿A quién?

—Al director gerente.

—¿Fue por eso que realizó la póliza de Carolyn?

—¿Qué dice, señor Campbell?

—Estoy al corriente de todo.

A la señora Brown empezaron a encendérsele las mejillas.

—¿Me ha estado espiando, señor Campbell?

—Usted va a cobrar cien mil dólares por la muerte de Carolyn.

—Le prohíbo que me hable en ese tono.

—¿Cómo quiere que le haga mis preguntas? ¿Con sombrero de

copa? ¿O he de hacerle una reverencia?

—Será mejor que abandone esta casa.

—Me están echando de muchas casas desde que me puse a investigar sobre la muerte de Carolyn Britt.

—Puedo asegurarle que no hay nada ilegal en mi actuación como presidente de la Sociedad de Protección a la Juventud… Comprendo que le haya extrañado mucho lo de la póliza de Carolyn en favor de nuestra organización, pero sólo pusimos en práctica una cláusula de nuestro reglamento.

—¿Qué cláusula es ésa?

—Todos los miembros de la directiva tienen suscrita una póliza de vida en favor de la Sociedad. No andamos muy sobrados de dinero y se nos ocurrió que sería una buena fuente de ingresos. Los ocho miembros de la Directiva nos impusimos como deber no difundir esta noticia. Sería considerada de muy mal gusto, pero no crea que ese procedimiento fue invención nuestra. Hay algunas sociedades en nuestro país que estipulan esa clase de cláusulas. Nosotros nos limitamos a imitarlos. En realidad, sólo se trata de una generosa actitud por parte de los directivos, ya que las primas las abonamos de nuestro bolsillo. Es un auténtico sacrificio que hacemos en beneficio de la obra social que nos hemos impuesto. Por eso no le dije nada a ese respecto, señor Campbell. Ni yo ni las personas que comparten conmigo los cargos de responsabilidad deseamos ser aplaudidos. Preferimos trabajar en silencio. Antes que Carolyn Britt, murió otro directivo, la señora Chandler, quien había suscrito una póliza de veinticinco mil dólares. Puede usted verificarlo cuando quiera.

—Creo que no hará falta.

—¿Entonces, me cree?

—Sí, señora Brown.

—Me he informado acerca de usted, Campbell. Al principio todo lo que me dijeron era muy malo.

—Imagino en qué fuentes bebió.

—Sí, señor Campbell, me dijeron cosas terribles de usted, pero he encontrado a otras personas que opinan muy bien acerca de lo que usted hizo en nuestra ciudad antes de que se le retirase la licencia de detective privado.

—¿Y a quién da crédito ahora, señora Brown?

—Le daré mi respuesta al final. ¿Por qué investiga la muerte de Carolyn?

—Porque estoy convencido de que Donald no es el asesino.

—Sí, he imaginado que ése sería el motivo —repuso la señora Brown dando unos pasos por la estancia—. ¿A quién tiene como sospechoso para ocupar el puesto tus la justicia concedió a Donald?

—Sam Clarke.

—¿Tiene alguna prueba contra él?

—No, todavía no, pero confío en dar con ella.

—¿Qué relación había entre Sam Clarke y Donald Britt?

—En primer lugar, eran socios de la empresa de construcción de la que Donald Britt era la cabeza visible, y en segundo término existía la mujer de Clarke.

—¿Quiere decir que Donald y la mujer de Sara Clarke…?

—Sí, señora Brown. Es exactamente lo que usted piensa.

—Le comprendo. Sam asesinó a Carolyn para que Donald pagase por el crimen.

—Sí.

—¿Los hombres con los que usted peleó están pagados por Sam Clarke?

—Con toda seguridad.

—Entonces le diré algo, señor Campbell. Si usted no se equivoca y entrega a la justicia al verdadero asesino, la sociedad que represento estará dispuesta a pagar todos los gastos que se le han originado. Para ser exactos, le abonaremos cinco mil dólares. Es lo menos que podemos hacer por una mujer como Carolyn Britt, que tan relevantes servicios prestó a la misión que nos hemos impuesto.

—Le advierto que continuaría trabajando igual sin que me diesen recompensa alguna.

—Ahora estoy convencida de que las personas que me hablaron bien de usted son las que tenían razón.

—Tengo que marcharme, señora Brown. He preparado una trampa para Sam Clarke.

—¿En qué consiste?

—Le quité a su mujer.

—Dios mío, ¿ha hecho eso?

—No tenía a mano otro procedimiento para lograr que Sam Clarke se decida a utilizar contra mí a la gentuza.

—Entonces, ¿se ha puesto a sí mismo como cebo?

—¿Sabe que tiene condiciones de detective, señora Brown? Es muy difícil engañarla a usted. Hasta la vista.

Olga fue tras del joven hasta el vestíbulo.

—Burk, tengo amigos en la policía.

—Enhorabuena.

—¿Por qué no me deja que se lo explique todo a alguno de ellos?

—Sería tiempo perdido. Se supone que Sam Clarke es un ciudadano modelo y mis antecedentes son pésimos en las esferas policiales. Por añadidura, Sam Clarke tiene un arma decisiva contra mí. Dos detectives privados estarán dispuestos a jurar sobre la Biblia que secuestré a la señora Clarke y ya sabe usted cómo se castiga el secuestro en este Estado.

—Dios mío, ahora me doy cuenta de la terrible situación en que está envuelto.

—No se preocupe, señora Brown. Saldré de ella… con un poco de suerte.



Burk le atizó un culatazo en la cabeza…

Veinte minutos más tarde Burk entraba en el bar de Jimper.

—¿Hubo alguna llamada para mí, Bend? —preguntó al empleado de cabello rojizo que había tras el mostrador.

—¿Otra mujer?

—Podría ser un hombre.

—No, muchacho. Nadie preguntó por ti… ¿Cómo te fue con esa Adriana?

—No es lo que tú crees. ¿Hay alguna partida?

—En la ocho. Allí encontrarás a Dick.

—Si hacen la llamada, estoy arriba.

Entró en la habitación número ocho pero no pudo participar en el juego porque la partida estaba completa. Se puso detrás de Dick y se entretuvo con los naipes de éste. Bebió un par de *whiskies* y fumó tres cigarrillos. Hacía ya una hora que estaba allí cuando llegó un mozo anunciándole que había una llamada para él en la cabina número tres.

Bajó la escalera y se introdujo en la cabina señalada.

—¿Señor Campbell?

—El mismo.

—Soy Sam Clarke.

—¿Cómo está, señor Clarke?

—Es usted un hijo de perra, Campbell.

—¿Sólo me llamó para decirme esa lindeza?

—¿Dónde está mi mujer?

—No sé de qué me habla, señor Clarke.

—Le voy a conceder una hora para que me la devuelva. En caso contrario, presentaré la oportuna denuncia a la policía. Usted la ha secuestrado. Haré que caiga sobre usted el peso de la ley.

—No sé de qué me habla, señor Clarke.

—Oiga, Campbell, está adoptando una actitud estúpida.

—¿Usted cree?

—Coloqué a dos hombres para que vigilasen a mi mujer. Usted los conocía. Uno era Carpenter y el otro Ready. Los dos trabajaban por cuenta de la agencia de detectives de Breth O'Hara.

—Conteste a una pregunta: ¿Por qué necesitaba que Luana fuese vigilada?

—Un hombre entró en mi casa y golpeó salvajemente a mi mujer.

—¿Cuándo?

—Ayer. La pobre pasó muy mal rato.

—¿Quién era ese hombre?

—Un desconocido.

—Es usted muy infantil, señor Clarke.

—¿Por qué dice eso?

—Usted mismo golpeó a su mujer.

—Señor Burk, ¿quién se lo ha contado?

—Luana.

—Oh, no, ella no ha podido ser.

—La historia que usted me acaba de colocar es la misma que oí a otro par de amigos suyos… Marty y Lawrence.

—No conozco a nadie de esos nombres.

—Son policías.

—No conozco a ningún policía.

—Magnífico, Clarke. Hasta la otra.

—¡Espere! Estoy dispuesto a tratar con usted.

—¿Qué clase de trato?

—Le pagaré mil dólares por el rescate.

—¿En tan poco estima a su mujer?

—Maldita sea. Tendrá dos mil.

—No, señor Clarke. Ése no es el precio. Deje que sea yo quien lo señale.

—¿Qué quiere?

—Una confesión de su puño y letra acusándose de ser el asesino de Carolyn Britt.

—¿Se ha vuelto loco?

—Usted la envenenó, señor Clarke.

—Oh, no, Campbell. Fue Donald Britt. ¿No leyó los periódicos?

—Sí, los que se referían al juicio y los de ahora.

—Entonces sabrá perfectamente que doce Jurados consideraron a Donald culpable de la muerte de su mujer. Para decirlo con palabras exactas, fue encontrado culpable de asesinato en primer grado y por lo tanto se le condenó a morir en la cámara de gas.

—De vez en cuando se comete un error judicial, señor Clarke. Hay casos en que los indicios adquieren tal importancia que los tribunales no vacilan en considerarlos como pruebas. Eso fue lo que ocurrió con Donald Britt. Debo admitir que yo también estaba contra él, pero ahora sé que todos estábamos equivocados.

—Muy bien. Dígaselo al fiscal del distrito y, si quieren rehabilitar la memoria de Donald Britt, yo seré el primero que firme el escrito de solicitud.

—Se está usted comportando como un buen chico, pero yo sé cuál es su interés, y no me engañará, señor Clarke. Cuando llame otra vez aquí, hágalo solo si está decidido a pagar el precio que le pedí.

—Está cometiendo la mayor tontería de su vida, Burk, Le juro que me las pagará y va a ser muy pronto. Le he dado una oportunidad para que salga de esto con vida. Pero acaba de cerrar su última puerta de escape.

—¿Encargó ya el ataúd?

—No lo va a necesitar, Campbell. Su última morada será el fondo de un lago. Inmediatamente, Sam Clarke colgó.

Capítulo IX

Burk entró en el hotel de Don Mallon. En la recepción no estaba su amigo sino un muchacho de cabello rubio y cara alargada que vestía camisa verde y pantalones de vaquero.

—¿No está Don por ahí?

—No. ¿Quién es usted?

—Un amigo del señor Mallon, Burk Campbell —contestó mientras miraba el casillero número veinticuatro. En el hueco no estaba la llave.

—El señor Mallon tuvo que salir —respondió el muchacho. Burk sacudió la cabeza y se dirigió hacia la escalera.

—Bonita chica, señor Campbell —dijo el muchacho a su espalda.

Burk le hizo un saludo con la mano sin volver la cabeza y continuó subiendo.

Llamó en la puerta número veinticuatro y poco después oyó el ruido de la llave. Entró en la estancia observando a Luana que estaba muy bonita, con una bata roja.

—Se me han hecho las horas larguísimas, señor Campbell.

—Lo siento, pero tuvo un poco quehacer.

—¿Qué sacó en claro de la póliza de Carolyn Britt a favor de la «Sociedad de Protección a la Juventud»?

—La señora Britt no hizo más que cumplir, una de las estipulaciones de los estatutos. Todos los que ocupan cargos directivos están en la obligación de suscribir una póliza de vida en favor de la Sociedad. A propósito; hablé con su marido.

—¿Cuándo?

—Hace un rato, por teléfono. Quería pagar un rescate por usted. Llegó a ofrecerme hasta dos mil dólares. Le dije que sólo aceptaría si confesaba ser el asesino de Carolyn Britt. La conversación terminó

amenazándome con tirarme al fondo de un lago.

La joven se puso a pasear de un lado a otro.

—Cada vez tengo más miedo.

Luana se sentó en el borde de la cama.

—Prepare su maleta.

—¿Por qué?

—Se va a Chicago.

—Oh, no, usted me necesita.

—El mejor favor que puede hacerme ahora es marcharse de la ciudad. Lo comprenderá enseguida. Sam ya sabe que yo la tengo a usted; por lo tanto, aunque usted se vaya, da lo mismo. El seguirá creyendo que la tengo en mi poder.

—Comprendo su plan.

—Ande, vístase.

Burk se dirigió de nuevo hacia la puerta, pero de pronto ésta se abrió de golpe y penetraron en la habitación dos hombres que él ya conocía. Eran Marty y Lawrence. Los dos empuñaban sendas pistolas.

Luana lanzó un grito y quedó inmóvil.

Law cerró la puerta tras de sí y apoyóse en ella.

—Hola, hermano.

—Caramba, sí que es una sorpresa. Estaba pensando justamente en ustedes.

—¿Sí? Qué casualidad.

—Me estaba preguntando dónde estarían los más grandes hijos de perra de la ciudad. Marty lo abofeteó con la mano libre en la cara, pero casi enseguida Burk le envió el puño al pómulo.

Marty salió lanzado contra la cama, de donde rebotó al suelo.

—La has hecho buena, chico —dijo Law.

Marty se alzó escupiendo sangre y maldiciones. Apunto a Burk a la barriga.

—Te voy a liquidar.

—Cuidado, Marty —dijo Law—. No podemos hacerlo.

—Dime por qué no.

—No nos conviene.

—Este bastardo me ha pegado.

—Tú me pegaste primero a mí —repuso Burk.

—Bueno, no liemos la cosa —asintió Marty—. Está todo claro y

te has ganado una buena sentencia. Figúrate lo que ha hecho, Law. Ha secuestrado a la mujer a la que primero pegó.

—Es cierto —dijo Lawrence.

—Qué barbaridad. ¿Tú lo comprendes, Law? Hay tipos a quienes se les mete una mujer en la sangre y no saben pasar sin ella. Tienen que conseguirla como sea, a cualquier precio. Primero la amenazan, y si eso no les basta, la golpean. Cuando todo falla, echan mano al último recurso: la raptan.

—Ustedes se equivocan —intervino Luana.

—¿Eh? —dijo Marty.

—El señor Campbell no me ha secuestrado.

—Eh, Marty —dijo Law—. A ver si resulta que la chica estaba de acuerdo con él. Luana hizo un gesto afirmativo.

—Vine aquí por mi propia voluntad. De modo que les voy a hacer un ruego: márchense.

—Espere un poco, señora —dijo Marty—. ¿Cuál es su nombre?

—Luana Clarke.

—¿Está dispuesta a jurar que abandonó su hogar por su propia voluntad para seguir a este hombre?

—Desde luego.

—Eso no le va a gustar nada a su esposo.

—No me importa que le guste o no. Estas marcas que llevo en la cara me las hizo también Sam Clarke.

Law se echó a reír.

—Vaya tipo suertudo, ¿eh, Marty? Resulta que nos las tenemos que ver con un buen muchacho.

—Está bien, señora Clarke —dijo Marty—. Iremos al domicilio de su esposo y repetirá esas mismas palabras.

—Ustedes no pueden obligarme a hacer eso.

—¿Por qué no, señora Clarke? Es lo justo, ¿no? Burk dejó oír su voz:

—La señora Clarke no quiere regresar a su casa.

—Claro, quiere ir contigo al séptimo cielo.

—Viajará sola.

—¿A dónde?

—A Chicago. Allí tiene una hermana.

—Muy bien. Viajará a Chicago cuando el esposo la autorice. ¿No lo dice la Ley, Lawrence?

—Desde luego.

—Nuestra obligación es reintegrar a la esposa al hogar. Luego que decida el marido.

—Tienes razón, muchacho. No podemos exponernos a recibir una reprimenda del jefe.

—Law señaló la puerta. —Prepárense a salir.

—He de vestirme —dijo Luana.

—Registra la habitación, Law —habló Marty.

Law echó un vistazo a la cama y a la maleta. En ésta encontró la pistola que Burk había entregado a Luana. La sopesó en la mano.

—Una excelente arma. ¿No te huele mal esto, Marty? ¿Para qué necesita una mujer una pistola?

—Lo solventaremos luego. Ande, señora Clarke, dese prisa. Estaremos en el corredor. Marty abrió la puerta e hizo salir a Burk.

Cuando estuvieron fuera, Law descargó un culatazo en la clavícula de Burk.

—Levanta las manos.

Burk las alzó y Marty lo despojó del arma. Law se apoyó en la pared, riendo.

—No aprendiste la lección de la otra noche, ¿eh, chico?

—Vosotros tampoco.

—¿Qué lección teníamos que aprender nosotros?

—Una que estáis leyendo durante mucho tiempo. Debisteis renunciar a vuestra credencial, dimitir el cargo y dedicaros a vuestro verdadero oficio, el de matones de tres al cuarto.

Marty rió, sacudiendo la cabeza.

—Qué tipo tan moral. Estoy a punto de ponerme colorado. ¿Tú no, Law?

—Yo también. Me pasa eso cuando estoy delante de un ciudadano ejemplar, y ese muchacho lo es.

—Oídme, compañeros —habló Burk—. Todavía podemos llegar a un acuerdo. La dejáis marchar a ella y yo voy con vosotros.

—No sirve, Campbell. Os llevaremos a los dos.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Luana portando la maleta.

—Estoy a su disposición —dijo la joven, y echó a andar por entre Burk y Marty. Campbell quiso aprovechar aquella oportunidad.

Golpeó el estómago de Law con la zurda.

No esperó a ver cómo su víctima se desplomaba. Empujó a Luana hacia el fondo del corredor y saltó sobre Marty.

—¡Corra, Luana! —gritó.

Marty empezó a volverse demasiado tarde, porque cuando fue a completar el giro, Burk le incrustó la rodilla en el bajo vientre, lanzándolo al interior de la habitación. Él fue detrás porque Marty no había perdido la pistola.

Oyó los pasos precipitados de Luana por la escalera que conducía a la calle. Cazó otra vez a Marty, proyectándolo hacia la ventana.

La pistola de Marty fue a caer sobre el almohadón y Burk quiso apoderarse de ella.

—¡Quieto, chico! —Oyó la voz ronca de Law.

Burk obedeció por temor a que Law apretase el disparador.

Marty se puso en pie moviendo la cabeza y fijó sus ojos cargados de odio en la figura de Burk.

—No debiste fallar, muchacho. Ahora te la has ganado.

—¿A dónde vamos? ¿A ver a vuestro jefe o al huerto de naranjos? Marty recuperó su pistola y caminó hacia el joven.

—Tenemos otro sitio. Anda, camina.

En la recepción estaba el muchacho rubio, que se quedó mirando con la boca abierta a los tres hombres que caminaban hacia la salida.

Burk ya conocía el coche negro. Había viajado en él la noche anterior.

Volvieron a ocupar la misma posición, Law al volante, Marty y Campbell en el asiento trasero.

—Parece que fue ayer —dijo Marty, cuando emprendieron la carrera. Un poco más allá, el coche se detuvo a causa de un embotellamiento.

—Haz sonar el claxon, Law.

—Está demasiado complicado. No hay nada que hacer. Tenemos que esperar.

Burk estaba mirando por la ventanilla con las manos sobre los muslos. De pronto levantó la derecha y golpeó en el arma de Marty, enviándola contra el techo.

Law empezó a volverse con la pistola, pero no pudo disparar

porque en ese momento Burk saltó del coche y corrió hacia la popa.

—¡Al asesino! —gritó Marty.

Burk no tuvo duda de que dispararían contra él y zigzagueó entre los coches.

De pronto, el río de vehículos se puso en movimiento. Burk sorteó a un automóvil que estuvo a punto de alcanzarlo con el guardabarros delantero.

Un autobús de dos pisos venía lanzado hacia él. Cruzó a la otra acera.

De pronto oyó un grito infrahumano y volvió la cabeza. El autobús había arrollado a Law.

Marty estaba en la otra parte, blanco como la pared, mirando a su compañero que había quedado entre las ruedas del coche.

Diez yardas más allá, Burk encontró un taxi y se coló en el interior, dando la dirección del puesto de policía número catorce.

Llegado allí, Burk empujó la puerta de vidrio esmerilado.

Un policía estaba ante una mesa poniendo en orden unos oficios. Alzó la mirada y quedó boquiabierto al ver a Burk.

—Parece usted el fantasma de un tipo llamado Campbell.

—Soy el tipo llamado Campbell.

—No lo podía creer, porque cierta vez oí decir a aquel fulano que jamás pisaría una Comisaría.

—Eso demuestra que uno puede equivocarse. ¿Está por ahí el teniente Janod?

—Sí, y creo que si él no se desmaya le va a faltar poco. Ande, dele *la* sorpresa usted mismo. Ya conoce el camino.

Burk entró en el despacho del teniente Janod, quien estaba hablando por teléfono pero interrumpió lo que estaba diciendo.

—Anna, te llamaré más tarde —dijo—. Acaba ce surgir algo importante.

Colgó y quedóse mirando a Burk, que se había de tenido al otro lado de la mesa.

El teniente Janod frisaría la cuarentena y era de cabello y ojos negros, rostro de facciones enérgicas.

—¿Qué quiere, Campbell?

—Usted se ocupó del caso de Carolyn Britt.

—Sí.

—Quiero hablarle de ello.

—Viene con mucho retraso. Capturamos al asesino sin su ayuda. Justamente la noche pasada aspiró el gas letal.

—Le voy a decepcionar mucho, teniente… Donald Britt era inocente.

—Le siguen gustando las bromas, ¿eh, Campbell? ¿Quiere decir que ha vuelto a la profesión?

—Sólo por una vez.

—No ha debido hacerlo. Sabe que no tiene licencia, El capitán Sullivan le amenazó con encerrarlo en la «fresquera» si lo atrapaba metiendo la nariz en un asunto de nuestra jurisdicción, y hasta sus propios compañeros estuvieron de acuerdo en darle un buen escarmiento.

—Donald Britt no asesinó a Carolyn.

—Estupendo. Ya hizo la gracia. Ahora lárguese.

—Hay dos sucios policías mezclados en el asunto. Las orejas de Janod empezaron a ponerse coloradas.

—Campbell, ¿quiere que sea yo quien lo meta en la celda?

—Dejémonos de protocolo. Usted me conoce bien y sabe que soy incapaz de calumniar a un miembro de la policía. Hay tipos bastardos en todas partes, incluso en esta casa, usted lo sabe. He conocido a un par de buenos ejemplares de esa carroña. Uno se llama Marty y el otro Law. El segundo acaba de ser atropellado por un autobús cuando él y su compañero trataban de cazarme, Las marcas que ve en mi cara me las hicieron ellos anoche.

El teléfono se puso a sonar y Janod atrapó el auricular.

—¿Sí? Teniente Janod al habla… ¿Cómo?… Sí, ¿cuál es su nombre?… De acuerdo. —Janod colgó—. Es cierto. Lawrence Harvin ha sido conducido a un hospital en muy mal estado. Pero ¿sabe una cosa? No existe ninguna denuncia contra usted. El compañero de Lawrence, Marty Clay, de la Comisaría número veintiuno, dice que el atropello fue casual.

—Miente. Me estaban persiguiendo porque escapé de su coche.

—¿Por qué lo detuvieron?

—Me llevaban al matadero. Ellos trabajaban a las órdenes del verdadero asesino de Carolyn Britt.

—No entiendo una sola palabra de lo que está diciendo, pero dígame el nombre de ese astuto criminal.

En aquel momento volvió a sonar el teléfono y Janod hizo un

gesto de mal humor al descolgar.

—Por favor, con el teniente Janod —dijo una voz ronca.

—Soy yo mismo. ¿Quién habla?

—Creo recordar que fue usted el encargado del asesinato de Carolyn Britt.

—Sí, fui yo —frunció el ceño Janod, mirando con ojos centelleantes a Burk—. ¿Qué pasa con eso?

—Le habla el asesino de Carolyn Britt. Janod cubrió el micro con la mano.

—¿Qué jugada es ésta, Campbell? Se ha puesto de acuerdo con un tipo para hacer una comedia.

—¿Qué pasa, teniente?

—Hay un tipo a la otra parte que dice ser el asesino de Carolyn.

—No me he puesto de acuerdo con nadie. El teniente apartó la mano del micro.

—Oiga, ¿quién es usted?

—Sam Clarke, el socio de Donald Britt en su negocio de construcción. Yo maté a Carolyn porque Donald Britt me había quitado a mi mujer. De esa forma conseguí cuanto me proponía, que Donald Britt pagase por un crimen que no había cometido…

—Oiga, ¿dónde se encuentra?

—En mi casa.

De pronto el oficial oyó un estampido.

—¡Clarke! —exclamó el teniente—. ¡Clarke! Tras un silencio escuchó el alarido de una mujer.

—Eh, oiga… ¡Oiga!

El teniente colgó haciendo un gesto de furia.

—Después de confesarse autor del asesinato, Sam Clarke se ha levantado la tapa de los sesos. ¿Conoce su dirección?

—Sí, teniente.

—¡Vamos, deprisa!

CAPÍTULO X

Les abrió la puerta la señora Clarke. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Teniente Janod —dijo el policía, dándose a conocer.

Tras él entraron otros tres agentes y los técnicos del laboratorio. El último en hacerlo fue Campbell.

—¡Burk! —exclamó la joven—. Cuánto me alegro de verle…

—Yo también —contestó el joven.

Sam Clarke estaba sentado en un sillón, apoyado en el respaldo, la barbilla hundida en el pecho. Mostraba un agujero en la sien derecha y la mano de ese mismo lado empuñaba la pistola. El teléfono colgaba de la mesa que tenía delante.

Janod lo estuvo observando todo mientras los técnicos se ponían a trabajar.

Al cabo de un rato, miró a la señora Clarke y ella caminó hacia una habitación. Antes de entrar se volvió.

—¿Puede acompañarnos el señor Campbell?

Era un despacho con algunas estanterías llenas de libros.

Luana se sentó en un sillón, cerca de la ventana. El teniente lo hizo en el diván. Sólo Burk quedó en pie entre ambos.

—Señora Clarke, Burk Campbell me lo ha contado todo mientras veníamos; quiero decir que estoy al corriente de la historia. ¿Qué pasó cuando Campbell se quedó peleando con aquellos dos hombres y usted salió del hotel?

—Apenas me alejé por la acera, después de abandonar el hotel, otro hombre salió a mi paso interrumpiéndome el camino. Era moreno, de unos cuarenta años y sonreía desagradablemente. Nada más verle comprendí que estaba de acuerdo con los que el señor Campbell estaba luchando. Me señaló un coche negro mientras

decía: «Le conviene a usted obedecer, señora Clarke». Yo perdí los pocos deseos de luchar que me quedaban. Entré en el coche y ese hombre me trajo aquí.

La señora Clarke agachó la cabeza sollozando.

—Sam me estaba esperando. Me dijo cosas terribles, me insultó soezmente… Yo no quería defenderme, no tenía fuerzas, quería morir… Me cogió del brazo y me hizo subir a nuestro dormitorio… —se interrumpió—. Me abofeteó varias veces. Me eché en la cama llorando y le dije que me matase pero que no quería seguir viviendo con él. Sam quedó en silencio durante un rato y al fin dijo: «No te preocupes, muy pronto estarás libre de mí». Entonces salió de la habitación. Pensé que me iba a matar. Esperé un rato y, como no regresase, abrí la puerta y bajé sin hacer ruido. Estaba en la mitad de la escalera cuando oí la voz de mi esposo. Estaba hablando por teléfono con alguien. Le decía que él había sido el asesino de Donald Britt y que lo había matado porque su socio en el negocio de construcción le había quitado su mujer. De esa forma había conseguido cuanto se proponía: que Donald Britt pagase por un crimen que no había cometido. De pronto se produjo un estampido… Bajé rápidamente y lo vi ahí en el sillón, tal como ustedes lo han visto ahora… Ha sido horrible… —Se cubrió la boca con ambas manos, emitiendo un sollozo.

Los dos hombres respetaron el silencio, hasta que la mujer dijo:

—Yo me porté mal con él. Pero no le amaba y Sam no debió matar a esa pobre mujer…

¿Qué culpa tenía ella? Fui leal con él, le dije que no le quería, que deseaba la separación…

¿Qué culpa tenía yo de haber dejado de quererle? Sam me aseguró que no se opondría al divorcio… Todo habría salido bien, pero él quería vengarse. Sí, quería vengarse de mí y de Donald Britt. ¿Por qué? ¿Por qué hizo todo eso, cuando podría haber sido tan fácil?… No sólo ha destruido su vida, sino la mía…

El teniente se puso en pie.

—Descanse, señora Clarke. —Janod dirigió una mirada a Burk y salió de la estancia, pero Campbell no fue tras él.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Burk caminó hacia la ventana y miró la oscuridad de la noche. La joven seguía sollozando.

—No hace falta que llore, señora Clarke. Estamos los dos solos.

Luana alzó la cabeza, con las mejillas húmedas.

—No estoy representando un papel, señor Campbell.

No quería a mi marido, pero esto me ha arruinado moralmente. Tengo la impresión de que estoy destrozada por dentro.

—Le aseguro que el teniente Janod no está escuchando tras la puerta.

—¿Qué quiere decir?

—Lo ha engañado. Se lo creyó todo.

—Oiga, Burk, cuanto he dicho ha sido la verdad. Es lo que ocurrió. Burk hizo un gesto negativo.

—No, Luana, No ocurrió absolutamente nada de lo que usted acaba de decir. Sam Clarke no se suicidó. Usted le pegó el tiro.

—Oh, no.

—Silencio, no levante la voz o la podrían oír. —Burk hizo una pausa—. ¿Sabe que lo consiguió maravillosamente?

—No organicé nada, Burk. ¿Cómo se le ha ocurrido creer que yo podía matar a mi marido?

—Le resultó muy fácil, teniendo en cuenta que ya había matado antes.

—¡Señor Campbell!

—Usted mató a Carolyn Britt.

—¡Es la mayor monstruosidad que he oído en mi vida!

—Su esposo le había dicho que no se opondría a la separación. Usted estaba enamorada de Britt. Donald tenía muchos defectos, no se había comportado correctamente, pero decidió jugar limpio con su esposa durante el tiempo que a ella le quedase de vida. Usted pensó en ello y entonces llegó a la conclusión de que sólo de una forma podría tener lo que deseaba: separarse de Sam Clarke a quien aborrecía y casarse con el hombre que amaba. Sólo había que realizar una cosa muy sencilla: hacer desaparecer a Carolyn. Usted quedó citada aquel día a las siete con Donald en su casa y debía de conocer perfectamente las costumbres de la enferma. Ella bebía leche. Usted consiguió una llave de la puerta trasera; con un molde de cera le bastó para que se la hiciesen. Se proveyó de una botella de leche en la que mezcló el cianuro. Entró en la cocina, abrió el frigorífico y sustituyó la botella de leche por la que usted llevaba. La buena la dejó fuera de la casa. Después de realizado el cambio, se marchó a dar una vuelta y, mientras tanto, Donald sirvió a su

mujer la leche envenenada. Finalmente, usted acudió a la entrevista con él y cuando ésta hubo terminado, salió por la puerta principal pero regresó a la cocina y se llevó la botella de leche con cianuro, dejando en su sitio la buena.

—¿Cómo puede decir usted eso? ¿Cómo puede?

—Pero usted no contó con que alguien había espiado sus movimientos: su propio esposo Sam Clarke.

—Fue él. El mató a Carolyn Britt para hacer recaer la culpa en Donald.

—No, señora Clarke. Nadie mató a Carolyn Britt para hacer recaer la culpa sobre Donald. Usted necesitaba vivo a Donald para casarse con él. Estaba convencida de que Britt la quería y que sólo porque existía Carolyn él no se casaba con usted. No hubo ninguna venganza. Es posible que usted acallase su conciencia antes de decidirse a matar a Carolyn diciéndose que ella era una pobre enferma incurable.

—Es horrible… Ha perdido usted el sentido común, señor Campbell. ¿Es que no ve mi cara hinchada? ¿Va a decir que yo también me golpeé?

—No, Luana, esas marcas le fueron hechas realmente por su esposo.

—Todo ocurrió como yo le dije.

—No, Luana. La verdadera historia comienza después que usted envenenó a Carolyn Britt, Cuando su esposo se enteró de la muerte de Carolyn Britt, supo por qué había entrado usted dos veces por la puerta trasera y una por la entrada principal. Para él no hubo duda de que usted había asesinado a Carolyn para casarse con Donald. Sam estaba enamorado de usted, odiaba a Donald, y de pronto el Destino le puso en las manos una forma sutil de vengarse. Tal como usted esperaba, la muerte de Carolyn Britt fue considerada como natural, pero su esposo no podía conformarse con eso. El la había seguido a usted y supo dónde había escondido el frasco de leche envenenada. Sólo tuvo que atraparlo y mandarlo analizar. Supo lo que contenía. Entonces envió el anónimo al teniente Janod, pero no señalaba a usted como asesino, sino a Donald Britt… Sam debía haber sido puesto al corriente por el propio Donald de que había liberado la póliza de Carolyn. Todo estaba en contra de Donald Britt, no tenía escapatoria. Mejor dicho, sólo existía una, la de que

el verdadero asesino, usted, se presentase a la policía para decir la verdad. Pero ¿cómo iba a hacer tal cosa? Quizá usted se inquietó un poco preguntándose quién habría sido el autor del anónimo, porque el hecho de que señalasen a Donald Britt como asesino significaba que una persona desconocida estaba completamente desorientada. Se celebró el juicio y Donald Britt fue condenado a muerte.

—Se ha inventado usted esta historia, señor Campbell… ¡Se la ha inventado!

—Entré yo en escena justo cuando su marido le estaba haciendo la vida imposible. El se había vengado de Donald Britt y también quería vengarse de usted.

Quizá en aquel entonces usted había llegado a la conclusión de que su esposo había sido el autor del anónimo y que su única salida consistía en matarlo a él también. Mi aparición fue providencial para usted… Apuesto a que llegó a pensar en matar a Sam y achacármelo a mí. Sí, lo debió pensar, sólo que los acontecimientos no se produjeron para lograr ese efecto especial. El asunto giró peligrosamente para usted cuando supo por Adriana Winkle que su esposo había estado muy cerca de la casa de los Britt aquella tarde.

—Eso prueba de que él fue el asesino.

—Se equivoca, eso me sirvió para dudar de su culpabilidad. Un asesino no se comporta de la forma que lo hizo su marido. El estaba en su coche, ante el volante, en plena calle, a la vista de la gente que pasaba, y de esa forma pudo verlo Adriana Winkle. Si él hubiese cambiado la botella de leche no se habría quedado en ese lugar. Fue entonces cuando empecé a pensar en usted como culpable. Pero necesitaba una prueba definitiva. No sabía cómo conseguirla hasta que de pronto se me ocurrió.

—¿A qué se refiere?

—Yo tenía que sacarla de su casa, meterla en un hotel. Sí, aquello fue una trampa, señora Clarke, pero no contra su marido, sino contra usted. Usted era la pieza que yo tenía que cazar.

—Está loco.

—Nadie sabía en qué hotel se encontraba. Don Mallon es un buen amigo. Si alguien aparecía por allí, no podía ser enviado por Sam Clarke, sino por usted, y su misión consistía en quitarme de en medio. Todavía le quedó un poco de pundonor y en lugar de aparecer ante Marty y Law como su jefe, simuló ser una víctima.

—Los envió Sam. No tengo nada que ver con esos hombres.

—Sam no conocía a esos tipos, aunque es cierto que él me envió a otros. Me estaban esperando en la carretera de Bedford y también había pagado a Peter Winkle para que me diese un buen escarmiento… Quise llegar más lejos y me di cuenta de que Marty y Law le permitirían a usted la escapatoria. Así ocurrió en el corredor del hotel, justo cuando usted salió. En ese momento ellos me dedicaron muy poca atención, pero era porque esperaban que yo iniciase la pelea. Hubieran podido fácilmente capturarla a usted.

—Me capturó el otro hombre en la calle.

—No, Luana. En la calle no la capturó nadie. Usted regresó a su casa para contarle a Sam que yo la había llevado a la fuerza o cualquier otra historia. Fui yo quien logró huir cuando me llevaban a la fosa. Law sufrió un accidente y Marty se puso en contacto con usted, contándole lo que había pasado. Tal como estaban las cosas, era como volver a empezar, y entonces usted decidió cortar por lo sano. Atrapó una pistola y obligó a Sam a confesarse autor del asesinato de Carolyn Britt. Sam debía estar ya asqueado de todo. Se había dado cuenta demasiado tarde de que estaba casado con un demonio. Por eso la obedeció y hasta es posible que supiese lo que iba a pasar, que cuando acabase de hablar con el teniente usted terminaría por apretar el disparador. Quizá en la última fracción de segundo, antes de que iniciase el viaje a la eternidad, se dijo que era mejor para él terminar de una vez.

La joven respiraba jadeante.

—Todo eso es mentira.

—Se lo contaré al teniente Janod y veremos qué opina él… Burk echó a andar hacia la puerta.

—¡Espere!

El se volvió y los dos permanecieron un rato mirándose en silencio.

—Es cierto… Todo es cierto… Envenené a Carolyn Britt y maté a Sam. No ha fallado absolutamente en nada. Todo ocurrió como usted ha dicho, pero sólo la maté para casarme con Donald… Fue Sam Clarke quien lo estropeó todo espiándome. Ahora recibió su merecido… No hace falta que vaya al teniente, yo le daré el premio.

—¿Qué premio?

—Soy una mujer hermosa, señor Campbell… y con mucho

dinero. Ahora que ha muerto Sam Clarke puede pedir un precio… No le de miedo decir que quiere ser mi esposo. Lo será… Lo tendrá todo, mi bolsa y a mí… —Esbozó una sonrisa y alzó la barbilla—. Estas marcas se me irán pronto… Siempre me han dicho que soy muy bonita…

Se abrió la puerta y el teniente Janod entró andando lentamente.

—Señora Clarke. Luana guardó silencio.

—¿Ya ha terminado, teniente?

—Sí, ya está todo aclarado. Nos vamos.

El teniente se acercó al diván que había ocupada anteriormente y metió la mano por debajo del almohadón, extrayendo un aparato tan pequeño como un transistor. Dio la vuelta a una llave y de pronto se oyó una voz:

—«No hace falta que llore, señora Clarke… Estamos los dos solos». Era la voz de Burk Campbell.

—«No estoy representando un papel, señor Campbell. No quería a mi marido porque todo esto me ha arruinado moralmente. Tengo la impresión de que estoy destrozada por dentro…».

Era la voz de Luana Clarke.

La joven miraba aquel objeto rectangular con los ojos agrandados y la boca abierta. Janod sacudió la cabeza.

—Está todo registrado aquí, señora Clarke. Fue idea de Campbell. Luana lanzó un grito y se abalanzó sobre el teniente.

—¡Deme eso!

El teniente le dio un empellón enviándola contra la mesa del despacho. Luana tiró de un cajón y sacó una pistola.

—¡Le mataré, Burk Campbell! ¡Le mataré!…

Burk saltó sobre ella, atrapándola de la muñeca armada. La pistola rodó por la alfombra.

Luana Clarke sufría un ataque de histerismo.

—Lo volvería a hacer… Maté a Carolyn… ¡La mataría otra vez!… Ella era una enferma… Estaba sentenciada a muerte… No hice más que adelantar su final… ¡Yo quería a Donald!

¡Le quería!…

* * *

Burk pulsó el timbre y a poco la puerta fue abierta por Mirna.

—Hola, nena —dijo Burk, entrando en el apartamiento. La joven cerró y fue tras él.

Burk se sentó ante el teléfono, descolgó el auricular y disco.

—¿Teniente?… Aquí Burk Campbell.

—¿Quiere saber las últimas noticias?

—Por eso llamo.

—Law murió en el hospital sin haber recuperado el conocimiento, pero hice «cantar» a Marty. Usted tenía razón, estaban pagados por la chica.

—¿Y ella?

—Sufre un fuerte «*shock*», la acaba de examinar el siquiatra nuestro.

—¿Cuál es el resultado?

—Sufre enajenación mental… Predisposición natural, ha dicho el doctor, con posibilidades de que sea hereditaria.

—Bueno, ahora todo lo demás es cuestión de ustedes.

—Enhorabuena, Campbell.

—Gracias —dijo Burk, y colgó. Mirna preguntó:

—¿Por qué das las gracias?

—Dentro de un par de días el Comisionado va a firmar mi licencia de detective.

—¡Oh!

—Creo que voy a volver a la profesión.

—¿La abandonaste alguna vez?

—Sabes decir cosas bonitas —dijo Burk, y sacó un cheque de la cartera.

—¿Qué es eso? —preguntó Mima.

—Cinco mil dólares, la recompensa de cierta Sociedad por haber solucionado el caso.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Me estaba haciendo una pregunta mientras venía. ¿Se pueden casar un hombre y una mujer con cinco mil dólares?

—¿Con quién te vas a casar?

—Con una mujer celosa.

Burk se puso en pie, guardó el cheque y echó a andar hacia la puerta. Mirna corrió hacia él, lo cogió del hombro y le hizo dar la vuelta.

—¿Quién es ella? ¡Dímelo, le saco los ojos!

—Eh, chica, ¿vas a venir ahora con eso? Recuérdalo. Nada de celos.

—¡Muy bien, gran tipo!… Anda y cásate con quien quieras. Pero, entérate de una vez: cada vez que Dick me ha dicho que te ha visto con otra mujer he sentido deseos de estrangularte con mis propias manos.

—¿Tú?

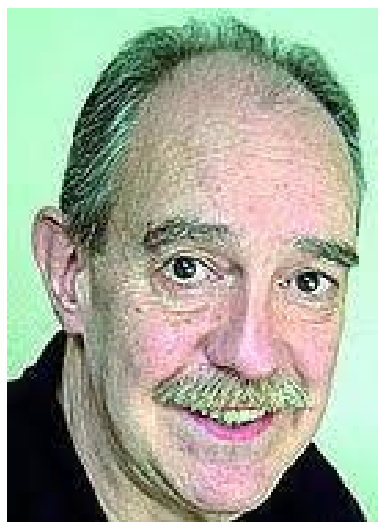
—Sí, yo. ¡También soy humana!

Burk volvió a sacar el cheque y lo alargó a Mima.

—Sus cinco mil dólares, señora Campbell.

Ella lo miró boquiabierta y continuaba expresando un gran asombro cuando Burk la rodeó con sus brazos y la besó con todas sus fuerzas.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).